
Conversación con Stanley Payne en Madison (Wisconsin)

Árpád VON KLIMÓ (entrevistador)¹

Profesor de historia contemporánea
Departamento de Historia
Universidad Católica de Estados Unidos, Washington
<https://orcid.org/0000-0001-8300-7803>
klimo@cua.edu

Rafael ESCOBEDO ROMERO (traductor y editor)

Profesor de historia contemporánea
Departamento de Historia, Historia del Arte y Geografía / Instituto Cultura y Sociedad
Universidad de Navarra
<https://orcid.org/0000-0002-3774-8499>
rescrom@unav.es

Me encontré con Stanley Payne, profesor emérito desde 2005², en su confortable apartamento en Madison (Wisconsin), no lejos de la universidad donde ha estado

¹ N. del t.: Árpád von Klimó, profesor ordinario de historia contemporánea de la Universidad Católica de Estados Unidos, de Washington, aceptó amablemente el encargo que le propusimos desde la redacción de esta revista para conversar con el profesor Payne en Wisconsin. El profesor Klimó es especialista en historia contemporánea de Hungría y, de entre su actividad investigadora, cabe destacar sus trabajos sobre la figura del cardenal primado Mindszenty y de la persecución que sufrió por parte del régimen comunista. Para el profesor Klimó esta conversación ha significado no solo introducirse en el campo de la historia de España, sino, como él mismo me comentó, la ocasión de ejercitar la perspectiva comparada en la comprensión de diversas realidades de historia religiosa contemporánea, como son las relaciones del catolicismo con el fascismo y los totalitarismos del siglo XX, la dimensión religiosa de las identidades nacionales y las complejas relaciones entre la religión católica y los sistemas políticos de la contemporaneidad. El profesor Klimó me entregó el texto de la transcripción, con una primera y somera edición más algunas notas al pie, para que lo tradujese y editase en profundidad y fuese finalmente revisado por el profesor Payne.

² N. del t.: si bien de la lectura de esta conversación pueden inferirse sin dificultad los principales aspectos de la biografía intelectual de Payne, conviene presentar ahora un brevísimo esbozo de la misma, además de la semblanza a la que se refiere la nota 4. Stanley George Payne nació en Denton (Texas) en 1934. *Bachelor of Arts* por el Pacific Union College, de Angwin (California), en 1955, y *Master of Arts* por la también californiana Universidad Claremont en 1957, se doctoró en Historia por la Universidad de Columbia, de Nueva York, en 1960. Tras dos breves contratos posdoctorales, fue profesor en la Universidad de California en Los Ángeles entre 1962 y 1968 y desde 1968 hasta su jubilación en la Universidad de Wisconsin en Madison. Es doctor *honoris causa* del CEU Cardenal Herrera de Valencia, académico de la Academia Estadounidense de las Artes y las Ciencias y correspondiente de la Real Academia de la Historia. Desde el punto de vista

enseñando durante más de 37 años. Era un día soleado e inusualmente cálido de comienzos de verano, en una ciudad del Medio Oeste, con sus largas y anchas calles flanqueadas de exuberantes y verdes árboles, setos y praderas de césped. Stanley es un anfitrión muy amigable y cortés, un octogenario ágil y enjuto que habla con frases perfectas, lapidarias. Al escucharle, quedan de manifiesto sus extraordinarias memoria y capacidad analíticas. Nos reunimos varias veces durante aquellos tres días, de modo que tuve que seleccionar algunos materiales para el texto de esta conversación.

I. HISPANISTA EN LA ESPAÑA DE FRANCO: FALANGE, MILITARES E IZQUIERDA REVOLUCIONARIA³

Pregunta. *Usted una vez escribió que originalmente había planeado estudiar historia de Rusia⁴. ¿Qué ocurrió para que se convirtiese en un especialista de historia de España?*

Respuesta. Hubo una cierta serendipia en todo esto. Mi interés por lo ruso tenía más que ver con la cultura que con la historia, pero como la mayoría de las asignaturas que escogí durante la carrera fueron de historia⁵, pensé que me gustaría estudiar historia de Rusia. Quise solicitar una beca para el Instituto Ruso de la Universidad de Columbia, pero una interrupción en el servicio de correo lo impidió. Sin embargo, sí conseguí una beca para Claremont College, así que tuve que inventarme un campo de investigación sobre la marcha. Básicamente, dos factores

de la historia de la Iglesia interesa, en primer lugar, su síntesis histórica del catolicismo español *Spanish Catholicism: An Historical Overview* (University of Wisconsin Press, Madison, 1984; ed. española: *El catolicismo español*, Planeta, Barcelona, 1984 [omitimos como autor en esta y en las demás referencias bibliográficas el nombre de Payne, excepto cuando no sea autor único]), que en realidad es su única obra de temática específicamente religiosa. Sin embargo, las aportaciones de Payne, como veremos, son decisivas para comprender en toda su complejidad la dimensión religiosa del drama de las dos Españas.

³ N. del t.: la organización en epígrafes es mía.

⁴ Puede encontrarse un breve esbozo biográfico en *Spain: A Unique History*, University of Wisconsin Press, Madison, 2011, pp. 11-46. Aquí en la p. 19, Payne menciona su primer interés en la historia rusa. [ed. española: *España: Una historia única*, Temas de Hoy, Madrid, 2008, pp. 19-69. La mención a la historia rusa en la p. 29. (n. del t.).]

⁵ N. del t.: en Estados Unidos y en el mundo anglosajón, los equivalentes a las antiguas licenciaturas o actuales grados que conocemos en España son, en su mayoría, los llamados *Bachelor of Arts* o *Bachelor of Science*. Su duración normalmente es algo más breve (tres años frente a los cinco o cuatro de España) y se organizan de una forma mucho más abierta. La expresión original de Payne es: «*I was a history major as undergraduate*», es decir que el área principal de sus estudios era la historia, sin excluir otras áreas, a las que se conoce precisamente como *minors*.

pesaron en mi elección. Uno era que el verano anterior había leído un par de libros nuevos que despertaron en mí un gran interés por España. Yo había estudiado español en la carrera, pero los alumnos de esa edad no suelen prestar demasiada atención a ningún tipo de plan serio a largo plazo. Ese era ciertamente mi caso. No tenía intención de usar el español como herramienta profesional de ningún tipo. Lo estaba haciendo un poco porque me apetecía. Esa es la ventaja de las artes liberales. Haces lo que te interesa y luego ya viene una cierta forma de especialización profesional. Se me ocurrió, al leer esos dos libros, que habían sido recientemente publicados, que España podría ser realmente un tema interesante. Y de todas las lenguas europeas, el español era la que conocía mejor. Los dos libros fueron *The Spanish Temper*, un libro sobre la cultura y la psicología españolas, del crítico literario y artístico británico V. S. Pritchett⁶, y el otro era un libro sobre arte medieval español de una historiadora del arte cuyo nombre hace tiempo que he olvidado.

Lo más valioso para mí de Claremont College, hoy universidad, en el este del condado de Los Ángeles, fue que tuve profesores que me desafiaron intelectualmente. Tuve como director de tesis de máster al latinoamericanista Hubert Herring y como asesor de historia europea, que fue más mi mentor profesional, al germanista Henry Cord Meier. Aunque fui ayudante de investigación de Meier, fue Herring quien despertó mi interés por el fascismo español. En aquel momento yo apenas sabía nada sobre la historia contemporánea de España, de modo que no tenía ni idea de cuál podría ser mi tema de especialización. Lo obvio era alguna personalidad de la que hubiese oído hablar. Me sugirió José Antonio Primo de Rivera, hijo del primer dictador de los años veinte, del que decía que tenía «fuego en sus ojos». Aunque no entendí muy bien entonces qué es lo que quería decir con eso, se trataba de un tema novedoso, así que decidí ir adelante con ello.

P. *Aquellos años cincuenta fueron un momento de cambios importantes en España, con el fin del aislamiento, los planes de estabilización y desarrollo y el establecimiento de una relación preferente con Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría. Usted, por su parte, estaba estudiando precisamente historia del siglo XX. ¿Tuvo la actualidad política influencia en su interés por España?*

R. No creo que todo eso tuviese ningún impacto *per se* en mi interés por España. Ayudó mucho a mi trabajo porque estaba intentando abordar problemas políticos muy recientes dentro de una dictadura en activo. Con los cambios que trajo consigo la Guerra Fría y la firma del pacto de Madrid con Washington de

⁶ Victor S. PRITCHETT, *The Spanish Temper*, A. A. Knopf, New York, 1954 [ed. española: *El temperamento español*, Gatopardo, Barcelona, 2015 (n. del t.)].

1953, el régimen español se había convertido en un socio significativo, aunque no exactamente en un aliado, del gobierno estadounidense. Y los académicos estadounidenses tuvieron entonces un tipo de estatus que no tenían los investigadores de cualquier otro país occidental. Yo me beneficié de todo aquello, en el sentido de que disfruté de una cierta libertad que de otro modo no hubiera tenido. Por otra parte, sabía que la situación lentamente se liberalizaría en España.

Así pues, me dispuse a trabajar bajo el supuesto de que de algún modo podría investigar ese tema. Ahora bien, aquello era mucho suponer. Pudo no haber sido el caso en absoluto. Yo estaba apostando fuerte. Nunca había estado allí, ni siquiera había estado fuera de Estados Unidos, excepto un poco al otro lado de la frontera con México, así que realmente no sabía nada de primera mano sobre España. Sin embargo, todo salió bastante bien. Metodológicamente, no tenía claro cómo haría mi investigación en España, porque lo cierto es que no había aún archivos para mi tema. No pude ver ningún documento de archivo. Había ciertos materiales impresos, pero no servían más que para aproximarse al tema. Así que había que hacer historia oral y obtener datos de los mismos supervivientes. Yo no había recibido formación para practicar esa metodología, pero afortunadamente las cosas salieron bastante bien.

En 1957, conseguí al mismo tiempo sendas becas, en condiciones similares, para Harvard y para Columbia. Alguien me dijo: «Bueno, Harvard es más grande y más prestigiosa. ¿Por qué no te vas a Harvard?». Decidí, en cambio, ir a Columbia porque pensé que, al estar en la ciudad de Nueva York, Columbia tendría un ambiente más cosmopolita y podría hacer mejores contactos para investigar en España. Resultó ser cien por cien correcto. Contacté sobre todo con exiliados republicanos. Aunque se trataba de gente políticamente de izquierdas, aquellos exiliados me abrieron las puertas para hacer historia oral en España porque tenían contactos con el sector disidente de Falange, el partido único.

P. *Así que ¿había una oposición derechista?*

R. Así podría decirse. A esta así llamada oposición derechista les gustaba calificarse de «socialdemócratas» en vez de «socialistas». Pude contactar con Dionisio Ridruejo, uno de los principales escritores e intelectuales del partido, que basculó al antifranquismo después de la Segunda Guerra Mundial⁷. Rompió

⁷ N. del t.: Dionisio Ridruejo (1912-1975) fue un falangista que durante la Guerra Civil desempeñó un papel fundamental en el aparato propagandístico e ideológico del partido, formando parte de la tendencia de inclinación más pro-nazi. Su compromiso falangista, que impregnó completamente su primera obra literaria, le llevó en varias ocasiones a chocar con Franco y con otros elementos del régimen, así como a alistarse como soldado raso en la División Azul, hasta finalmente renunciar al

con el régimen muy pronto, en 1941, y vivió como periodista español en Roma durante los años cuarenta. Lo cierto es que solo había roto con el régimen hasta cierto punto, pero estaba mayormente desilusionado con Franco. Mientras vivió en Roma, durante el proceso de democratización de posguerra, vio que un sistema democrático liberal con rasgos de socialdemocracia podría ser un sistema político muy saludable, muy social, y que probablemente podría ser el mejor sistema político para España. Estuve también en contacto con los viejos trostkystas del POUM⁸, con los que llegué a familiarizarme bastante en Nueva York. Me presentaron a un destacado exiliado republicano en París que había estado relacionado con Ridruejo y que fue quien me facilitó contactar con él.

Ridruejo pudo perfectamente haberme ignorado por completo. En cambio, creo que se quedó como desconcertado. Un joven investigador norteamericano que venía a España... Me puso algo así como bajo su protección. Habló mucho conmigo, hicimos una serie de entrevistas en su estudio de Madrid. Me presentó a todo tipo de viejos falangistas⁹. La mayoría de ellos no eran disidentes en absoluto, sino simplemente viejos falangistas que trabajaban para la dictadura. Todo esto ocurrió en un momento en el que ya había pasado un tiempo desde la Guerra Civil y aquellas personas estaban deseosas de hablar sobre sus experiencias. Estaban interesados en formar parte de la historia. Además, estaban más predispuestos a hablar con un estadounidense que con cualquier investigador español. Si yo hubiese sido español, me habrían preguntado quién era yo, para quién trabajaba, cuál era mi familia, quién estaba realmente detrás de mí, a quién representaba realmente... Se hubieran mostrado mucho más suspicaces. Cuando se entrevista a protagonistas de acontecimientos históricos, te cuentan lo que a ellos les interesa contar, de modo que el trabajo del entrevistador, del investigador, consiste en evaluar detenidamente sus respuestas.

P. *¿Qué fuentes utilizaba para evaluar los datos?*

R. Sobre todo, fuentes de historia oral y posteriormente, también, fuentes secundarias. Había publicadas asimismo algunas fuentes primarias. El resultado

carnet de FET-JONS en 1942, radicalmente disgustado por la traición que consideraba que el franquismo había hecho al ideal de la revolución nacionalsindicalista. Como señala Payne, evolucionó en un sentido democristiano –más tarde, más bien socialdemócrata– durante su corresponsalía en Roma para el diario *Arriba*. Desde los años cincuenta se convirtió en una de las principales figuras de la oposición democrática del interior, siendo encarcelado en varias ocasiones (cfr. FRANCISCO MORENTE, *Dionisio Ridruejo: Del fascismo al antifranquismo*, Síntesis, Madrid, 2006).

⁸ N. del t.: Partido Obrero de Unificación Marxista.

⁹ N. del t.: con esta expresión seguramente se refiere a los llamados «camisas viejas», es decir, aquellos que ya pertenecían a Falange antes de la Guerra Civil, como era el caso del propio Ridruejo.

final depende de ese complejo proceso interactivo que se gesta en la cabeza del investigador. Por lo visto, debí hacerlo moderadamente bien. Mi investigación fue bien recibida por mis supervisores de Columbia y fue rápidamente aceptada para su publicación en Stanford. De hecho, cuando el libro fue publicado en 1961, no había, por supuesto, nada en absoluto dentro de ese área, y probablemente fue el libro más positivamente reseñado de cuantos he escrito¹⁰.

P. *Después de su libro de 1961 sobre el falangismo, ¿el siguiente fue un libro de texto en dos volúmenes sobre España y Portugal?*

R. No. Hice un rodeo. Estábamos entrando en la década de los sesenta, que en el mundo académico estadounidense fue la gran década de la historia. La historia nunca floreció, ni antes ni después, como lo hizo en los sesenta. No solo encajó social y culturalmente, también lo hizo políticamente. A los estudiantes radicales, por ejemplo, les encantaban las asignaturas de historia. Creían que nuestra disciplina les enseñaría la historia del poder y, por lo tanto, cómo podrían convertirse en los revolucionarios del futuro. La historia era enormemente popular y hubo una verdadera explosión de titulaciones y de asignaturas de historia, aunque también es cierto que esto ocurrió en un contexto de aumento generalizado de las matrículas universitarias. Hubo una expansión enorme de las universidades, que nunca crecieron tanto como lo hicieron en los sesenta. A las universidades les estaba costando contratar suficientes profesores de historia.

P. *En la Alemania Occidental ocurrió algo muy similar. La fundación de nuevas universidades, como la de Bielefeld en 1968...*

R. Sí, precisamente por eso las editoriales estuvieron cada vez más interesadas en publicar libros de texto. Era todavía la época de los manuales. La editorial D. C. Heath, que era una de las más asentadas en la costa este, en Boston, quería sacar un nuevo manual de civilización occidental. Para ello, contactaron con Shepard B. Clough, mi antiguo asesor en Columbia, y, de entre todos los jóvenes profesores que podrían escribir la sección de la Europa de los siglos XIX y XX, me propuso a mí. Esto ocurrió en 1961, antes de haber cumplido los 28. Visto retrospectivamente, no debería haberlo aceptado. Era una locura hacerlo porque

¹⁰ *Falange: A History of Spanish Fascism*, Stanford University Press, Stanford, 1961 [n. del t.: La primera edición española de este libro fue publicada en 1965 por Ruedo Ibérico, una editorial dirigida por exiliados españoles en París, que publicaba en español literatura antifranquista (v. nota 52). El título de la traducción fue: *Falange: Historia del fascismo español*. Este y otros libros de Payne, o de otros autores citados, tuvieron más ediciones; en general, solo citaremos las primeras ediciones].

el trabajo de historiador depende de la experiencia y de la perspectiva, y un historiador de 28 años no puede escribir un buen manual. Creo que Clough estaba convencido de que podría lidiar con literatura compleja y que podría finalmente sacarlo adelante¹¹.

De todos modos, mi principal preocupación a mediados de los sesenta era escribir un segundo libro sobre España. A ello me animó sobre todo el gran historiador catalán Vicens Vives. Él fue literalmente la primera persona con la que me encontré en España. Yo sabía que era el historiador español más dinámico en aquel momento. Se trataba básicamente de un especialista en el siglo XV, pero que hacía incursiones también en la historia contemporánea. Era un investigador tremendamente dinámico y activo que, como antes Ridruejo, también me puso bajo su protección. Influyó mucho en mí. En una ocasión me dijo: «Bueno, hablemos sobre temas de investigación, ¿qué tal el Ejército? El Ejército ha jugado un papel fundamental en la moderna historia política de España, pero no está estudiado en serio». Y me lo tomé tan a pecho que ya en 1961 decidí que el siguiente proyecto sería una historia política del Ejército español. Aquello se convirtió en libro en 1967¹². Realmente, en cierto modo, fue un libro más difícil de investigar. Los militares que estaban todavía en activo no estaban en absoluto interesados en hablar. Así que tuve que investigar con empeño e imaginación para poder establecer una base realmente amplia de datos con los que poder escribir. Apenas pude hacer uso de la historia oral y solo tenía una cantidad limitada de historia documentada disponible en el Centro de Historia Militar de Madrid¹³, así que tuve que apoyarme sobre todo en fuentes secundarias. Estuve trabajando sobre un periodo bastante más amplio de tiempo, incluyendo toda la primera mitad del siglo XIX. Este fue realmente un libro más difícil de escribir y me llevó bastante más tiempo tenerlo acabado. No lo terminé hasta 1965 y no se publicó hasta comienzos de 1967. También fue bien recibido.

Me involucré, por otro lado, en otros dos proyectos. Uno era sobre revoluciones en el mundo moderno, que dirigía un especialista en historia de la guerra de Independencia de Estados Unidos en la Universidad Johns Hopkins. Aprovechando el interés por el cambio radical de mediados y finales de los sesenta, su idea era editar una serie sobre las revoluciones modernas; diez estudios sobre las

¹¹ Otto PFLANZE y Stanley G. PAYNE, *Modern Times: Europe since 1815*, en Shepard B. CLOUGH (ed.), *A History of the Western World*, D. C. Heath, Boston, 1964, vol. 3.

¹² *The Military and Politics in Modern Spain*, Stanford University Press, Stanford, 1967 [ed. española: *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París, 1968 (n. del t.)].

¹³ N. del t.: se refiere, en realidad, al Servicio Histórico Militar.

diez revoluciones modernas más significativas. Él escribiría sobre la Revolución americana, que por supuesto fue ante todo una revolución política, no social. Habría también un texto sobre la Revolución francesa y así sucesivamente. A mí me pidió que hiciese el estudio sobre la Revolución española¹⁴. Nos hizo un buen adelanto: cuatro mil dólares. Y en 1967 cuatro mil dólares era una cantidad considerable de dinero, el equivalente a veinticinco mil de hoy.

P. *¿Y fue ese el momento en el que usted vino a Madison?*

R. Eso sería al año siguiente. Continué con mi proyecto sobre la revolución, que fue verdaderamente decisivo para mi comprensión de la España contemporánea. Tenía ya, por lo tanto, dos libros sobre la derecha española, uno sobre los falangistas, la versión española del fascismo, y otro sobre los militares, que eran sobre todo de derechas. Eran libros con una perspectiva crítica sobre los asuntos españoles. Mi enfoque fue mayormente crítico, tanto con los falangistas como con los militares. Empleé mucho espacio en criticarles. Y esto fue ampliamente aplaudido. A los reseñadores y al público les gustó mucho.

Yo compartía esa extendida idea a la que podemos denominar «el mito de la República española». Por supuesto, sabía ya bastante sobre los políticos republicanos españoles, sobre que hubo cantidad de excesos, que aquello había sido una revolución y que los republicanos españoles no habían sido demócratas modélicos. O sea, que no tenía una visión ingenua o simplista del mito de la República española. Sin embargo, sí tenía claro quiénes habían sido los buenos y quiénes los malos de esta historia. Con todo lo criticable, pensaba, la izquierda fueron los buenos y la derecha fueron realmente los malos o los peores.

¹⁴ N. del t.: este sería el título, en efecto, de su libro sobre la izquierda revolucionaria en la España contemporánea y su papel durante la II República: *The Spanish Revolution* (W. W. Norton, Nueva York, 1970). La traducción española, titulada *La revolución española*, fue publicada en primer lugar por la barcelonesa Ariel en 1972 y luego por la también barcelonesa Argos en 1977. Resulta interesante señalar cómo, en esa segunda edición castellana, una faja diagonal en la parte inferior derecha de la portada añade: «Estudio de las tensiones sociales y políticas que culminaron en la Guerra Civil. Una obra capital». Tal aclaración del editor resulta comprensible porque la construcción «Revolución española», referida al proceso descrito por Payne, no era entonces de curso corriente en la historiografía española, y sigue sin serlo en la actualidad. No hay una «Revolución española» antonomástica, como la americana, la francesa o la rusa, que automática y universalmente remita a unos determinados acontecimientos y no a otros. La locución «Revolución española» viene habitualmente acompañada en nuestra historiografía de algún otro elemento que complete su significado, aunque a veces también se haya empleado tal cual para referirse no solo a los años treinta del siglo XX sino también al primer ciclo revolucionario de comienzos del XIX. Significativamente, de hecho, puede constatarse cómo, precisamente en los años en torno a la aparición del libro de Payne, se produjo un uso más frecuente del término en publicaciones relativas a la República y a la Guerra Civil.

Recuerdo que, cuando visité el Alcázar de Toledo, en el curso 1962-63, aquel gran memorial de los héroes franquistas de la Guerra Civil me pareció ridículo. Estaba dispuesto a no dejarme impresionar por la resistencia durante el asedio¹⁵. Tenía una actitud muy desdeñosa y crítica hacia todo aquello. En 1969, sin embargo, cuatro años después de adentrarme en la cuestión republicana, había cambiado considerablemente, porque por primera vez investigué en serio a la izquierda. Y, por decirlo de algún modo, el relato estándar se derrumbó ante mis ojos. Vi cómo el fracaso de la República fue culpa fundamentalmente de los mismos republicanos. No se trataba de Caperucita Roja atacada por el malvado lobo Francisco Franco. Casi fue más bien al revés. Me quedé bastante perplejo con todo esto.

P. ¿Cómo lo descubrió?

R. Lo descubrí, curiosamente, en California. Hubo tres fases. El profesor que enseñaba historia latinoamericana en la Universidad de California en Los Angeles (UCLA) —y aquella universidad tenía entonces un magnífico edificio para la biblioteca y muchísimo dinero para comprar libros— quería traer materiales de investigación sobre España. Así que, incluso cuando yo estaba haciendo mi tesis de máster, pude leer en los periódicos españoles de la época sobre lo que estaba ocurriendo en la política española del momento. La violencia política, los incidentes callejeros... Me sorprendió que leyendo *El Sol*, que era el periódico más serio, me encontré con que los primeros incidentes en Madrid no fueron falangistas matando izquierdistas sino al revés¹⁶. Los asesinaron uno detrás de otro, puestos en fila. Me empezó a resultar todo muy extraño, aquello no se correspondía con la imagen que tenía en la cabeza. Uno de los españoles que conocí en aquel tiempo era un antiguo diplomático republicano, muy izquierdista, que había hecho carrera enseñando literatura latinoamericana en el Mills College de Berkeley. Le mostré mi investigación sobre los periódicos y me dijo: «Oh, ¡estás completamente equivocado! Tu investigación es bastante incompleta. No debes creerte esto. Tus conclusiones están completamente equivocadas. Lo has mezclado todo. Los reaccionarios estaban reprimiendo al pueblo, y ellos han sido los

¹⁵ N. del t.: se refiere, claro está, al célebre asedio del Alcázar de Toledo. La sublevación militar fracasó en la ciudad, pero los alzados se hicieron fuertes en el Alcázar, que albergaba las academias militares de infantería, caballería e intendencia. Franco desvió su avance sobre Madrid para liberar el Alcázar (27 de septiembre de 1936), convirtiéndose así en uno de los principales relatos propagandísticos franquistas de la Guerra Civil.

¹⁶ N del t.: significativamente, *El Sol* no podía calificarse como periódico de derechas; su tendencia era más bien liberal de centro-izquierda, dirigido a la burguesía republicana. Ortega y Gasset fue su principal inspirador.

responsables de todos los problemas en España. Tus conclusiones no son válidas en absoluto».

Pero sí que lo eran. Me di cuenta de que las cosas en España eran mucho más complicadas de lo que parecían. El mito de la República y todo eso... Entonces fue cuando empecé a trabajar más en serio sobre esta cuestión. Pude consultar los papeles de Burnett Bolloten, en la Institución Hoover de California, que reunió una colección bastante grande de materiales primarios y de bibliografía, entre ellos una abundante colección de panfletos revolucionarios, desde el comienzo de la época revolucionaria¹⁷ hasta la misma Guerra Civil¹⁸.

La verdad es que tuve mucha suerte con el hecho de que mis años en la UCLA coincidiesen con una gran expansión del sistema universitario. Fue entonces cuando se decidió convertir el campus científico de San Diego en un campus universitario completo. El primer canciller de San Diego fue uno de los profesores de historia de la UCLA, John Galbraith, un historiador del imperio británico, que no debe ser confundido con el economista John Kenneth Galbraith. Estaba buscando desesperadamente un director para el departamento de historia. Le comenté que por qué no pensaba en Gabriel Jackson. Había escrito un grueso volumen sobre la República española y la Guerra Civil¹⁹. Estaba entonces en un *college* en Illinois y estaba deseando dar el paso a una universidad²⁰. Galbraith le contrató como director en San Diego. Fue una mala recomendación. Jackson no tenía do-

¹⁷ N. del t.: teniendo en cuenta la estructura de *La revolución española*, se supone que Payne se refiere con esta expresión al comienzo de la II República.

¹⁸ N. del t.: el británico Burnett Bolloten (1909-1987) fue corresponsal de guerra para la United Press en la zona republicana. Como le ocurrió a George Orwell, la experiencia española desdijo sus inclinaciones comunistas, que abandonó por completo en México cuando se produjo el asesinato de Trotsky, exiliado en el mismo país. A partir de 1949 se instaló en California, donde manejó diversos negocios inmobiliarios. La colección que donó a la Institución Hoover, de la Universidad de Stanford, fue la base documental con la que elaboró *The Grand Camouflage: The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War* (Hollis & Carter, London, 1961), inmediatamente traducido en España (*El gran engaño*, Caralt, Barcelona, 1961), y que completó en otras dos monografías más. Bolloten influyó notablemente en la orientación que dio Payne a *La revolución española* (cfr. Paul PRESTON, *The Spanish Civil War. Revolution and Counter-Revolution by Burnett Bolloten* [reseña], en *The English Historical Review*, 108/429 (1993), pp. 990-992; s.n., *Burnett Bolloten* [obituario], en *The New York Times*, 2 de noviembre de 1987).

¹⁹ N. del t.: Gabriel JACKSON, *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1965 [ed. española: *La República española y la Guerra Civil: 1931-1939*, Princeton University Press, México, 1967].

²⁰ N. del t.: aunque en la actualidad son términos institucionalmente intercambiables, en Estados Unidos, un *college*, en contraposición a *university*, se trata habitualmente de una institución de educación superior que no ofrece títulos de posgrado (v. nota 5) ni de doctorado y que, por lo general, tiene una actividad investigadora más limitada.

tes políticas o administrativas en absoluto. Pero una vez fue nombrado director pudo contratar a gente como a uno de Iowa, que fue un buen administrador y en el que delegó la dirección. Esto fue posiblemente lo mejor que pudo haber hecho. Sin embargo, lo cierto es que Jackson puso el departamento de historia en San Diego en funcionamiento. Además, como tenía mucho dinero disponible para la biblioteca, compró una segunda colección de materiales de investigación de un estadounidense medio comunista que había estado viviendo exiliado en Tánger desde el final de la Guerra Civil y que tenía buenos contactos con la izquierda española en Marruecos. Salió bastante cara, pero San Diego tenía entonces mucho dinero. El caso es que, en el otoño de 1967, cuando el material comenzó a llegar, yo pude ser el primero en mirarlo. Aquellas colecciones realmente formaron el núcleo de mi libro. También utilicé fondos del Instituto de Historia Social de Ámsterdam, que tenía una colección enorme sobre anarquismo. Toda aquella documentación dio bastantes buenos resultados y escribí la primera historia de la Revolución española aplicando el mismo enfoque crítico con la izquierda que había utilizado con la derecha. Pero esto, en cambio, no resultó tan popular.

P. *¿Hubo mucha resistencia de los críticos?*

R. ¡Oh!, sí, sí. Algunos que habían hecho reseñas muy favorables de mis dos primeros libros se mostraron mucho más fríos y críticos. ¡Cómo te atreves! ¡No puedes tratar a la izquierda como habías tratado a la derecha! Hubo mucho cambio de criterio y mucha doble vara de medir.

P. *¿Así que fue acusado de revisionismo?*

R. Sí, incluso cuando apenas se usaba ese término entonces. Es más, creo que revisando las ortodoxias fue como me convertí en un revisionista.

P. *¿Pudo ser publicado entonces en España?*

R. Con algunas dificultades al principio, pero luego estuvo reimprimiéndose durante 30 años.

P. *Estoy seguro de que introdujo la represión de Franco después de la guerra.*

R. Únicamente la mencioné, pero no escribí sobre ello.

P. *Porque hubo algún problema, ¿verdad?*

R. Correcto. La publicación de la traducción se retuvo durante dos años. Ricardo de la Cierva era el historiador español que estaba encargado del proyecto de investigación sobre la Guerra Civil en el Ministerio español de Cultura²¹ y

²¹ N. del t.: en realidad, se refiere al Gabinete de Estudios de Historia Contemporánea del Ministerio de Información y Turismo, que Ricardo de la Cierva (1926-2015) dirigía desde 1964. Hasta ese momento, De la Cierva había desarrollado una brillante carrera en el ámbito de la química. Algo después, en 1973, fue nombrado director general de Cultura Popular del mismo Ministerio

escribió una reseña muy positiva en un periódico español. Esto convenció a los censores de que no era peligroso publicarlo, lo que ocurrió finalmente en 1972 y, más adelante, con una traducción completamente diferente, en 1977²². Incluso más que el libro sobre Falange, esta obra marcó un antes y un después. El libro sobre el falangismo contenía sorpresas solo en relación con cuestiones concretas. Acabé concluyendo lo que había esperado concluir, pero el libro sobre la Revolución española fue, en cambio, una gran sorpresa.

P. La mayoría de los libros comienzan en 1936, mientras que el suyo marca una gran diferencia comenzando en 1933²³. Comenzar en 1936 en cierto modo deja fuera muchos de los errores de los republicanos antes del comienzo de la Guerra Civil.

R. ¡Por completo! Ortega y Gasset, que intentó permanecer medio neutral durante la Guerra Civil, pero realmente favoreció a Franco –uno de sus hijos fue voluntario en el ejército de Franco– dijo en la edición de 1938 de *La rebelión de las masas* que alguien como Albert Einstein podía tener todas las opiniones que quisiese sobre la Guerra Civil española, pero que cuando quisiese opinar y escribir de algo sobre lo que sabía muy poco, debería primero estudiarlo, y que la primera cosa sobre la que él o cualquier otro debían aprender era sobre la cuestión de los orígenes, sobre cómo exactamente comenzó la Guerra Civil. Esto es lo que dijo el intelectual español más importante del momento.

La otra gran cuestión que me pidió en aquel entonces la industria editorial fue que aceptase una invitación del medievalista Norman Cantor, que estaba editando una colección para Thomas Y. Crowell, una veterana firma editorial neoyorkina que existía desde comienzos del siglo XIX y que funcionaba todavía de forma bastante sólida en los años sesenta. Cantor era un medievalista muy capaz. Para una colección seria de historia realmente se necesitaba una historia de España y Portugal, pero para mí aquello era un gran desafío. Se queda uno atónito

y en 1975 obtuvo plaza de profesor en la Universidad Complutense. Tras la muerte de Franco, se unió a la Unión de Centro Democrático y fue ministro de Cultura entre enero y septiembre de 1980 con Suárez. Desde entonces y hasta su muerte se entregó a una frenética producción bibliográfica en la que los títulos de vindicación del franquismo se mezclaron con otros de temática variopinta (cfr. Julio ESCRIBANO, *Cierva y de Hoces, Ricardo de la*, en *Diccionario biográfico español*, Real Academia de la Historia, Madrid, 13, pp. 622-624).

²² N. del t.: v. nota 14.

²³ N. del t.: en realidad, comienza antes; los cuatro primeros capítulos se ocupan de un amplio periodo previo a la II República, que va desde los antecedentes remotos del conflicto social en España al desarrollo de la cuestión social en la España liberal. Los dos siguientes capítulos comprenden, más o menos, el primer bienio republicano.

ante la ceguera de la juventud cuando se ven ciertas cosas retrospectivamente. Debería haber estado muerto de miedo si alguien me hubiera sugerido escribir una historia completa tanto de España como de Portugal. Eso es mucha historia. Es una historiografía gigantesca. ¿Es que quieres emplear el resto de tu vida en un solo proyecto? ¡Un proyecto así era irrealizable!... Tuve que reducir el tamaño y número de mis lecturas, no podía leer incluso todas las cosas importantes, incluso con la bibliografía de 1968, que era mucho más pequeña que la de hoy, pero que ya era muy grande. Tuve que limitarme a una cierta selección de las lecturas más importantes para cada periodo. Y luego ponerme a escribir. En realidad hice el proyecto en un periodo de unos tres años. No entiendo realmente cómo lo hice, pero escribí esos dos volúmenes.

Sin embargo, no lo publiqué finalmente con Crowell sino con la editorial de la Universidad de Wisconsin en Madison. Fue bastante divertido cómo ocurrió. Cuando acabé el texto en 1971, se lo envié a Crowell, me dijeron que muchas gracias y que me mantendrían informado sobre la publicación, pero en los siguientes cinco o seis meses no pasó nada. Un día estaba en una fiesta, en un evento social en la casa de un colega latinoamericanista en Madison, cuando me encontré con Thompson Webb, que fue durante mucho tiempo el director de la editorial de la Universidad de Wisconsin. Me preguntó que en qué estaba trabajando y le conté que había acabado de escribir una historia de España y Portugal pero que Crowell no me había dicho una palabra sobre ello en varios meses. Me dijo que «bueno, ya sabes que a las editoriales comerciales un libro tan académico tal vez no encaje tanto en sus planes, pero que sin embargo la editorial de la Universidad de Wisconsin estaría muy interesada. ¿Por qué no les escribes? Averigua si realmente les gustaría publicarlo o si al final van a dejarlo pasar y nos podrían dejar publicarlo a nosotros». Así lo hice. Un editor de Crowell me dijo entonces que habían sido comprados por una editorial comercial y que la nueva política era dar prioridad a libros con una venta potencial de diez mil ejemplares. «Por supuesto, te hemos dado un avance. Tenemos que cumplir nuestro contrato, pero no nos importa si retiras tu libro y nos devuelves el adelanto de dos mil dólares con los primeros derechos que cobres por el libro de tu nueva editorial». Y así fue como Wisconsin publicó los dos volúmenes en 1973²⁴. Para mí todo ese trabajo me permitió aprender historia de España. Yo nunca cursé una asignatura de historia de España. Las universidades no tenían una asignatura así.

²⁴ *A History of Spain and Portugal*, University of Wisconsin Press, Madison, 1973.

II. LA TRANSICIÓN VIVIDA POR UN HISTORIADOR DE LA ESPAÑA RECIENTE

P. *Creo que esa visión más dilatada de la historia se puede ver en su trabajo, especialmente en su trabajo posterior. Usted tiene una perspectiva amplia y larga de la historia de España y Europa. Hay muchos especialistas que tienen una perspectiva corta o estrecha de sus temas de investigación. Lo saben todo sobre cierto periodo pero se pierden en la perspectiva más amplia. Cuando leo su trabajo –solo he leído algo– puedo conectar inmediatamente con él porque tiene ese horizonte amplio de la historia de Europa. Eso ayuda a conectar con alguien como yo, que no es especialista en España. No muchos historiadores pueden hacer esto, y se lo ponen difícil a la gente que está fuera de su campo de especialización. ¿Fue su libro sobre el catolicismo el siguiente proyecto?*

R. No. En términos de proyecto principal, vino entonces mi primer libro sobre el fascismo.

P. *¿El libro de 1980 sobre el fascismo?*²⁵

R. Sí, aunque estuve ocupado en otros proyectos menores que retrasaron algo mi investigación sobre el fascismo. A mediados de los setenta me involucré en un proyecto del Chicago Council on Foreign Relations²⁶. Para mucha gente, España era el ejemplo de una nueva democracia occidental. No había habido una nueva democracia en Europa occidental desde 1945. Había ocurrido casi al mismo tiempo también la democratización en Portugal, pero España era un país más grande que suscitaba un mayor interés. Así que reuní esa serie de conferencias de Chicago en un libro sobre la política de la España democrática²⁷. También edité un libro sobre cuestiones de la España contemporánea en general²⁸.

P. *¿Ese fue el momento en el que España estaba cambiando? ¿Usó usted el término «transición» en aquel momento o no fue usado hasta que se aplicó a los procesos en la Europa oriental?*

R. Sí, fue utilizado en aquel momento, incluso en vida de Franco y se convirtió en algo así como el término oficial cuando Franco murió. La cuestión, por

²⁵ *Fascism: Comparison and Definition*, University of Wisconsin Press, Madison, 1980 [ed. española: *El fascismo*, Alianza, Madrid, 1982 (n. del t.)].

²⁶ N. del. t.: en español, Consejo de Chicago para Relaciones Exteriores. Este era el nombre que tuvo el actual Chicago Council on Global Affairs [Consejo de Chicago para Asuntos Globales] hasta 2006 (Chicago Council of Global Affairs, *Chicago and the World* [página de internet], s.f.: <https://www.thechicagocouncil.org/chicago-and-the-world>, consultada el 10 de marzo de 2022).

²⁷ *The Politics of Democratic Spain*, Chicago Council on Foreign Relations, Chicago, 1986.

²⁸ *Society and Politics in Twentieth-Century Spain*, New Viewpoints (Franklin Watts), New York, 1976 [ed. española: *Política y sociedad en la España del siglo XX*, Akal, Madrid, 1978 (n. del t.)].

supuesto, fue ¿transición a qué? No había prácticamente especialistas en política española en aquel momento y poca gente trabajaba sobre historia de España. Los historiadores tuvimos que trabajar también como politólogos para analizar la política española del momento. Así es, por ejemplo, como me familiaricé con la National Public Radio (NPR), haciendo entrevistas de radio sobre España, desde 1975, con la muerte de Franco, hasta 1977.

El caso es que aquí se nos plantea una cuestión interesante, la de si la historia tiene alguna capacidad predictiva. ¿Se podía predecir qué es lo que iba a ocurrir en España? Muchos pensaban que los españoles iban a apartar a la derecha para que la izquierda tomase el poder. ¿Significaría eso otra guerra civil? ¿Habría una nueva dictadura derechista? O, ¿podría haber un régimen democrático?

P. *Todo esto ocurría al mismo tiempo que se estaba produciendo en Portugal un intento más serio de la izquierda para conquistar el poder.*

R. Bueno, fíjese, cuando terminó el curso 1971-72, tres años antes de que Franco muriese y dos años antes de la revolución portuguesa, en el programa de estudios de Europa occidental de Wisconsin tenían mil dólares para gastar. Eso significaba un poco más de dinero que ahora. Y como ninguna entidad burocrática devolvía el dinero, había que gastárselo. Pero ¿en qué pequeño proyecto podíamos gastarnos mil dólares? Entonces yo dije: «¿Se me ocurre una cosa! ¿Por qué no empleamos ese dinero, añadiendo algo del programa latinoamericano, que siempre tenía algo de dinero extra, para organizar un pequeño congreso?» Así que a finales de junio de 1972 invitamos a las cinco o seis personas que estaban realmente interesadas en Portugal, particularmente en historia reciente y en ciencias sociales. Los juntamos en Madison y les gustó la idea de establecer un grupo de trabajo, así que fundamos el Grupo de Estudios Portugueses. Necesitábamos un líder, un organizador para el grupo. Había un tipo bastante joven en Nuevo Hampshire, Douglas L. Wheeler, que se había iniciado como especialista en el África portuguesa. En colaboración con el historiador francés René Pélissier, había escrito una historia de Angola bajo el dominio portugués. Nos suscitó mucho interés trabajar en la política portuguesa del momento. Douglas Wheeler se convirtió en el secretario y organizador del grupo internacional de estudio sobre Portugal actual, que había tenido su primer congreso ordinario internacional en octubre de 1973 en la Universidad de Nuevo Hampshire, reuniendo investigadores de Portugal, de Inglaterra y de varias partes de Estados Unidos. Pues bien, en relación a lo que comentábamos sobre la cuestión de la capacidad predictiva de las ciencias sociales, ¡atención a esto!: seis meses antes de la revolución portuguesa, de abril de 1974, ni una sola persona, portuguesa o no portuguesa, predijo aquella revolución. A todos nos cogió por sorpresa cuando ocurrió.

P. *¡Exactamente como en 1989!*

R. ¡Es que realmente es muy pequeña la capacidad predictiva de las ciencias sociales! Por otro lado, la situación en España era un poco diferente, porque el régimen español había estado, ya desde 1945, en un lento proceso de liberalización. A finales de los setenta, el panorama, incluso con Franco en el poder, ya se había liberalizado mucho. Recuerde que me autorizaron a publicar un libro en 1972, a pesar de que yo era considerado un escritor antifranquista.

Algunos años antes, en 1970, la revista *Foreign Affairs* me pidió escribir un artículo sobre lo que podía pasar en España. El año anterior, Franco había designado a su sucesor. Aquello resultó muy extraño en aquel momento. Era la única vez que un dictador moderno había designado un sucesor, que yo sepa. Entonces, ¿qué iba a pasar con Juan Carlos? Mi artículo fue publicado bastante pronto, en 1971²⁹. Escribí que la economía, la cultura, la sociedad cambiaban muy rápidamente y que el sistema político estaba liberalizándose, pero que había en España una estructura autoritaria que continuaba manteniendo el control. Había, por lo tanto, un sistema que se liberalizaba cada vez más, pero sin romper todavía necesariamente del todo con la estructura autoritaria. Esa ruptura no se esperaba a comienzos de los setenta. Sin embargo, durante el último año de vida de Franco, en 1975, el príncipe Juan Carlos dio señales claras de que España volvería a la monarquía constitucional con elecciones democráticas libres. Estaba bastante claro lo que Juan Carlos haría, aunque fue muy cauto y se abstuvo de hablar abiertamente durante el último año de vida de Franco. Todavía más, estaba claro que para el año 1975 había ya considerables fuerzas sociales que querían ir adelante con el cambio democrático.

Cuando empezó el último año de vida de Franco, mi posición había cambiado y ya estaba convencido de que habría un cambio decisivo después de su muerte y que tenía muchas opciones de ser exitoso. Hubo entonces un congreso en Washington, en junio de 1975, cinco meses antes de la muerte de Franco, que fue patrocinado por un grupo progresista estadounidense llamado Fund for New Priorities³⁰. Izquierdista pero no extremista, progresista pero no demasiado partidista. Invitaron a 15 especialistas y se reunieron en una sala libre del Capitolio. El evento fue organizado de modo tal que algunos congresistas simpatizantes pudiesen asistir. Todos los invitados, que yo sepa, podrían ser considerados izquierdistas. Había un miembro del comité central del PCE, que estaba entonces enseñando

²⁹ *In the twilight of the Franco era*, en *Foreign Affairs*, 49/2 (1971), pp. 342-354.

³⁰ N. del t.: en español, Fondo de Nuevas Prioridades.

como profesor visitante en Berkeley. También me invitaron a mí. Estuve, digamos, en una minoría de uno, aunque coincidía con los demás en que esperábamos que el Congreso nos prestase atención y nos escuchase. Los asistentes decían que España no podría liberalizarse nunca si la principal potencia de Occidente, aliada de España, los Estados Unidos, no presionaba a las fuerzas armadas españolas para que se mantuviesen fuera de la política y para que permitiesen la democratización del país. Aquello requería persuasión americana. Solo la persuasión de Estados Unidos podía hacer que todo aquello funcionase. Había, por lo tanto, una docena de personas hablando en esos términos. Entonces yo dije que ese planteamiento no era correcto, que lo más probable es que España se democratizase en cualquier caso después de que Franco muriese porque su sucesor y otros muchos querían que fuese eso lo que ocurriese. Por primera vez todas las piezas estaban en su lugar para hacer que aquello saliese bien. España tenía entonces una economía moderna y desarrollada y una sociedad moderna y educada. Todo esto había ocurrido curiosamente durante la dictadura de Franco. El peso del atraso, que había afligido a España durante largo tiempo, había sido levantado. Yo no diría que aquello fue gracias a Franco, eso es irrelevante, pero el caso es que los poderes que querían que la democratización se produjera estaban allí y el proceso podía funcionar. «¿Y no intervendrán los militares?». Yo dije que no. ¿Por qué dije tal cosa, teniendo en cuenta la historia de los militares en España? Porque, de acuerdo con lo que yo había estudiado, los militares españoles intervenían solo cuando el sistema político colapsaba o estaba a punto de colapsar o cuando los principales políticos estaban haciéndolo desastrosamente. Los militares básicamente habían intervenido en situaciones de crisis o porque habían sido animados por los políticos para intervenir, después de que la ineficacia de estos últimos hubiese quedado de manifiesto. Pero si tienes un régimen que se está liberalizando exitosamente, que mantiene la ley y el orden y la continuidad institucional, entonces no hay necesidad de intervención militar. Así que aquello es lo que probablemente iba a pasar.

III. LA BÚSQUEDA DE UNA DEFINICIÓN DE FASCISMO

P. *En 1980 usted publicó su famoso libro sobre el fascismo. Esto fue veinte años después de la aparición de su tesis sobre la Falange. Entre tanto, usted había escrito mucho sobre historia de Europa comparada. ¿Cómo cambió esta perspectiva más amplia su visión sobre el caso español? ¿Cómo influyó el caso español en su idea del fascismo en otros países?*

R. Durante aquellos veinte años, el caso español me había empujado a plantearme diversas cuestiones acerca de la naturaleza del fascismo. Conforme estu-

diaba el fascismo en otros países, particularmente europeos, me fui preguntando en qué medida el caso español podía compararse con fenómenos similares en otros lugares de Europa. Mi libro de 1961 yo lo había subtítuloado un tanto grandilocuentemente como «Una historia del fascismo español», que en realidad no era tal, porque no era lo suficientemente comprensiva. Esto fue un poco el típico «querer abarcar demasiado» que se puede dar en los jóvenes investigadores, pero también entre algunos más veteranos. El problema era que yo estaba convencido de que la Falange era un caso de fascismo. ¿Estaba en lo cierto? ¿Qué es lo que yo sabía acerca del fascismo? Si me hubiesen pedido en 1961 una definición de fascismo habría ofrecido solo algunos lugares comunes, pero no habría sido capaz de hacer un análisis comparativo de ningún fenómeno amplio de fascismo. El problema se me fue presentando de forma cada vez más acuciante a lo largo de los años sesenta.

Un factor que me ayudó fue trasladarme a la UCLA en 1962. Dos de mis colegas más veteranos, Eugen Weber³¹ y Hans Rogger, especialistas respectivamente en Francia y en Rusia, me ayudaron a comprender todo esto. Acababan de editar un libro sobre las derechas europeas autoritarias³². Es decir, no se referían al parlamentarismo conservador de la derecha sino a lo que estaba a la derecha de ese parlamentarismo conservador. Yo escribí el capítulo sobre España. Y aquello me hizo pensar más y más sobre la cuestión del fascismo. Rogger y Weber tenían la idea de que la UCLA podría desarrollar una cierta especialización en la derecha radical pero aquello nunca llegó a organizarse como tal. Weber estaba demasiado involucrado en escribir su libro sobre la Acción Francesa³³. También publicó un importante libro sobre las variantes del fascismo³⁴. Para mí resultó una lectura significativa, porque me hizo pensar sobre las diferentes formas de fascismo, ya

³¹ N. del t.: Eugen Weber (1925-2007) fue uno de los historiadores más destacados del siglo XX. Nació en Rumanía, se educó en Inglaterra y se doctoró en la Sorbona, pero desarrolló la mayor parte de su carrera en Los Ángeles. Fue, ante todo, un gran especialista en la Francia contemporánea. Su *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870-1914* (Stanford University Press, Stanford, 1976) constituye un jalón decisivo en la historiografía sobre la transformación política de las sociedades tradicionales europeas en la época contemporánea.

³² Hans ROGGER y Eugen WEBER (eds.), *The European Right: A Historical Profile*, University of California Press, Berkeley, 1966 [ed. española: *La derecha europea*, Luis de Caralt, Barcelona, 1971 (n. del t.)].

³³ Eugen WEBER, *Action française: Royalism and Reaction in Twentieth-Century France*, Stanford University Press, Stanford, 1962 [ed. francesa: *L'Action française*, Fayard, Paris, 1985 (n. del t.)].

³⁴ Eugen WEBER, *Varieties of Fascism: Doctrines of Revolution in the Twentieth Century*, Van Nostrand Reinhold, New York, 1964.

que no eran todas lo mismo. Al mismo tiempo, Ernst Nolte³⁵ publicó entonces su *Faschismus in seiner Epoche*³⁶. Su versión inglesa resultó un poco confusa porque el título se tradujo como *Las tres caras del fascismo*³⁷.

De todas formas, todo aquello fue un gran avance conceptual. Hacia 1970 comenzó el debate sobre el fascismo, una década después de que yo hubiese publicado mi libro sobre el falangismo. Yo estaba reflexionando entonces sobre muchas cosas, pero también sobre el problema del falangismo y del fascismo, y sobre en qué consistía este último. De hecho, cuando el debate del fascismo comenzó hacia 1970, este era una discusión de especialistas. Sin embargo, los que estaban más interesados en el problema no podían ponerse de acuerdo en cómo definirlo, en cómo alcanzar algún tipo de definición de trabajo o alguna especie de definición histórica dinámica de fascismo que se adaptase o encajase en los hechos y variedades del mismo, por usar la expresión de Weber. Intenté escribir algo así como un artículo general y lo envié a la *American Historical Review*, que juiciosamente lo rechazó porque el artículo era simplemente demasiado confuso y no estaba bien pensado. Me di cuenta de que tenía que reflexionar todavía mucho más sobre ello.

Lo primero realmente coherente que escribí sobre el fascismo fue para un congreso en el Instituto de Ciencia Política y Social de la Universidad de Bergen, en Noruega, en 1972. Se centró en la composición social, en la base social de los movimientos fascistas. Presenté una comunicación en dos partes para aquel congreso. La primera trataba sobre la composición de clase social del falangismo español y en la segunda intenté definir el fenómeno fascista en sus varias versiones, dentro de un marco conceptual que me permitiese acomodar todas esas versiones al tiempo que las diferenciase de todo lo demás. Esta fue solo una primera aproxi-

³⁵ N. del t.: Ernst Nolte (1923-2016), historiador alemán, se situó en el centro del llamado *Historikerstreit*, la disputa de los historiadores, en la Alemania Occidental de los ochenta, que ocupó tanto o más las páginas de los periódicos generalistas que las de las revistas académicas. Nolte atacó la idea de la singularidad del nazismo y, con ella, la de la peculiar culpabilidad o responsabilidad histórica de Alemania en los horrores de la contemporaneidad. Los argumentos de Nolte interpellaron con fuerza, independientemente del grado de adhesión o rechazo de los mismos, a todos aquellos que se interrogaron e interrogan sobre la naturaleza de la radical iniquidad del nazismo (cfr. Ernst NOLTE et al., *Forever in the Shadow of Hitler?: Original documents of the Historikerstreit, the controversy concerning the singularity of the Holocaust*, Humanities Press, Atlantic Highlands, 1993).

³⁶ Ernst NOLTE, *Faschismus in seiner Epoche*, R. Piper, München, 1963 [ed. española: *El fascismo en su época: Action française. Fascismo. Nacionalsocialismo*, Península, Madrid, 1967 (n. del t.)].

³⁷ Ernst NOLTE, *Three Faces of Fascism: Action française, Italian Fascism, National Socialism*, Holt, Rinehart, and Winston, New York, 1966 (n. del t.).

mación y no estoy seguro de si hice algún progreso. Cuando me senté después de intervenir, Juan Linz³⁸, que estaba sentado a mi lado, me dijo que me había quedado bien. Juan sabía mucho más que casi todo el mundo, era un verdadero polímata en historia política contemporánea, así que aquellas palabras me dieron ánimos.

Trabajé sobre la cuestión durante los siguientes años y finalmente, en 1978, después de leer mucho y de tomar muchas notas en varias lenguas, aunque principalmente en inglés –no pude leer en las lenguas más exóticas, como el húngaro o el rumano–, intenté ponerlo todo por escrito en una forma coherente de análisis político. Aquello fue más análisis de ciencia política que historia, y el resultado fue el libro *Fascism: Comparison and Definition*³⁹. Recuerdo que cuando lo terminé, en el verano de 1979, tuve una cierta sensación de satisfacción. Básicamente, había conseguido crear un concepto coherente de fascismo genérico y había conseguido definir sus límites, porque había que precisar al mismo tiempo lo que era y lo que no era. Había que ser capaz de mostrar cuál era el conjunto de fenómenos similares y cuáles eran los fenómenos diferentes, incluso si unos y otros se superponían entre sí. Fue entonces cuando llegué a la conclusión de que en Europa hubo realmente tres tipos de nacionalismos autoritarios: el fascismo revolucionario, la derecha autoritaria –que no era fascista, pero que tampoco era conservadora, ni tradicionalista, ni revolucionaria–, y, finalmente, la derecha autoritaria moderada –que podía tanto cooperar en el parlamento como ser un poco más autoritaria, dependiendo de las circunstancias y de la forma de régimen–. Creo que esa es una definición válida, particularmente para la política europea durante aquel periodo y que me ayudó a escribir, quince años después, un segundo libro. El primero había sido más bien un estudio tipológico y taxonómico. Mi enfoque era correcto, pero no había realmente discutido todos los problemas y variaciones que implicaba, así que pensé que debería haber un libro de historia que se ocupase de las diferentes facetas y problemas que no habían sido consideradas en aquella primera publicación, que además era relativamente poco extensa. El libro de 1980 fue un análisis politológico mientras que el de 1995 fue una historia del

³⁸ N. del t.: Juan José Linz (1926-2013) fue un sociólogo y politólogo español que desarrolló la mayor parte de su carrera académica en Estados Unidos, principalmente en la Universidad de Yale. Fueron decisivas sus contribuciones a la comprensión de los sistemas totalitarios y autoritarios, a los procesos de transición democrática y a las crisis de la democracia (cfr. Thomas J. MILEY y José Ramón MONTERO, *Un retrato de Juan José Linz Storch de Gracia*, en José Ramón MONTERO y Thomas J. MILEY (eds.), *Juan José Linz: Obras escogidas*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008, 1, pp. xxii-lxxiii y José Ramón MONTERO y Xavier COLLER, *Juan José Linz, un maestro irreplicable*, en *El País*, 3 de octubre de 2013).

³⁹ N. del t.: v. nota 25.

fascismo⁴⁰. Sin embargo, el primer libro, más breve, ha tenido una vida editorial más larga que el segundo, más extenso, aunque este, en cambio, ha sido traducido a más lenguas que cualquier otro libro mío.

El fascismo genérico es por supuesto un problema teórico. Es un tipo ideal, no existe realmente una cosa llamada «fascismo en general». Es un constructo intelectual, una herramienta hermenéutica para el análisis político e histórico. Es un tipo ideal weberiano⁴¹. El problema es que a la gente le encanta apuntarse al reduccionismo y a la observación selectiva, les gusta descomponer un fenómeno en una o dos cosas, o tomar la parte por el todo y tener identificada una parte común tan pronto como tal parte es en algo similar a lo demás. Todos los movimientos radicales, todos los movimientos revolucionarios, todos los movimientos nacionalistas tienen ciertas cosas en común, pero, al menos en términos de las anteriores categorías, que son las que ahora nos interesan, la principal coincidencia del fascismo fue con el marxismo revolucionario. Podría hacerse una tipología común del fascismo y del marxismo revolucionario como movimientos políticos revolucionarios, para desarrollar a partir de ahí un prototipo común, pero eso no sería útil porque son movimientos muy diferentes, aunque tengan mucho en común. Hay una interminable confusión, especialmente desde que el término fascismo empezó a ser usado por la Comintern a partir de 1923. En los escritos marxistas en general se ha convertido en el epíteto peyorativo del que más se ha abusado. Luego, con la Segunda Guerra Mundial se introdujo en el vocabulario general.

Algo sobre lo que podríamos interrogarnos es acerca de por qué «fascismo» se convirtió a mediados del siglo XX en el término favorito para hacer crítica política y para denunciar opresiones. Tal vez tuvo algo que ver con la falta de un contenido concreto para esta palabra. Fuera del italiano, no significa realmente nada. Y el significado que se le atribuye habitualmente no se refiere tanto al fascismo italiano como al nazismo. Cuando se habla de fascismo realmente se está pensando más bien en el nacionalsocialismo alemán, pero «nazi» resulta demasiado específico y demasiado alemán. Sin embargo, fascismo, también porque es un significante vacío, que no tiene realmente significado por sí mismo, puede ser un término maravillosamente amplio e inclusivo para ser utilizado y para abusar de él, incluso aunque lo que verdaderamente le da tanta fuerza es que en realidad se está refiriendo al nazismo, todavía más durante los sesenta, cuando se generalizó la conciencia sobre el Holocausto. De hecho, se trata de un término que se

⁴⁰ *A History of Fascism 1914-1945*, UCL Press Limited, London, 1995 [ed. española: *Historia del fascismo*, Planeta, Barcelona, 1995 (n. del t.)].

⁴¹ N. del t.: en este caso ya no se refiere a su colega Eugen, sino al sociólogo Max.

refiere al mal absoluto en términos políticos. Se podría decir, por ejemplo, que el marxismo-leninismo o el soviétismo es muy malo, incluso perverso, y aun y todo no parece que estemos hablando de esa realidad totalmente demoniaca en la que pensamos cuando nos referimos al nazismo. Así que realmente hay que tener todo ese rango de referencias implícitas en mente para entender por qué es tan efectivo como término de abuso dialéctico.

P. *¿Cómo influyó su conocimiento del caso español en su concepto de fascismo?*

R. ¡No demasiado! Porque los falangistas no eran grandes teóricos, aunque hubo bastantes escritores entre ellos. Sin embargo, su trabajo no se adentró en el terreno de la teoría política. Los dos intelectuales principales que estuvieron intentando definir el movimiento fueron Ramiro Ledesma y José Antonio Primo de Rivera, pero los dos murieron en 1936, así que nunca tuvieron la oportunidad de desarrollar sus ideas. El régimen de Franco no estaba realmente interesado en contribuir a la teoría fascista porque estaba creando un tipo de sistema político mixto, diferente del fascismo, que era en parte falangista y, por lo tanto, en parte fascista, pero también políticamente católico. Tuvo que cabalgar sobre dos caballos a la vez y durante un tiempo lo hizo con éxito. La parte fascista fue puesta bajo control, nunca realmente se desarrolló conceptual o teóricamente, ni tampoco demasiado en términos de política práctica. Franco estaba buscando un instrumento político y lo encontró en el falangismo, así que lo utilizó para estructurar su régimen, pero no para construir desde el falangismo un Estado fascista. No funcionó de esa manera. Fue al revés. El régimen franquista era el régimen de Franco, el régimen era «suyo», y para Franco el fascismo no fue más que una herramienta. Para el régimen, el fascismo no era un elemento fundante, sino un instrumento. Por eso, el régimen solo fue medio fascista, nunca completamente fascista.

La desfascistización del franquismo comenzó tan pronto como en agosto de 1943. El caso español fue, por lo tanto, el del fascismo más longevo del mundo, con un partido de tipo fascista de un modo u otro en el poder desde 1937 hasta 1977. Sin embargo, al mismo tiempo, si el falangismo duró tanto fue porque paulatinamente dejó de ser un movimiento fascista, si se le aplican las características definitorias de lo que era un movimiento fascista. En otras palabras, el caso español fue el del fascismo más duradero pero porque fue también uno de los fascismos más débiles. Estuvo en el poder pero al mismo tiempo estuvo fuertemente mediatizado y delimitado por la Iglesia católica, así como por las prioridades políticas del mismo Franco.

El caso español formó parte de aquellas modalidades del fascismo que intentaron de alguna manera avenirse favorablemente con la religión, en vez de intentar crear una identidad religiosa propia. En la literatura general se suele afirmar que el nacionalsocialismo fue su propia «religión política» y fue ciertamente el

único movimiento fascista vigorosamente antirreligioso, aunque Hitler, por supuesto, intentase hacer uso de la religión por medio del concordato con la Iglesia católica y con la relación con el protestantismo alemán. Los fascismos –nazismo incluido– no se enfrentaron tan frontalmente con la religión como el comunismo porque sus prioridades revolucionarias fueron diferentes. El modelo leninista se impuso con toda violencia una vez que el régimen comunista conquistó el poder. El fascismo, en cambio, se desarrolló en países europeos que no estaban completamente rotos, que todavía tenían instituciones preexistentes, supervivientes. No fueron situaciones como la de Rusia en 1917, donde la revolución fue casi el resultado del colapso del régimen zarista, no el ascenso del comunismo. En los países europeos no hubo un colapso completo de las instituciones, de modo que el fascismo tuvo que encajarse en las instituciones existentes y tuvo que alcanzar ciertos acuerdos. Así, más que combatir la religión como lo hizo el marxismo-leninismo, el fascismo trató de llevarse bien con el cristianismo. Algunas formas de fascismo se declararon abiertamente cristianas pero todas fueron más bien modalidades sincréticas o defectuosas de cristianismo, que no podían considerarse realmente como completamente cristianas. Hubo verdaderos desafíos de disidencia cognitiva, particularmente en el este, en Rumanía sobre todo, en Croacia, también en España, e incluso en Italia. El caso italiano desde luego implicó una buena proporción de esa disidencia cognitiva, que fue manejada con pragmatismo por el régimen de Mussolini. Esto es algo sobre lo que Renato Moro escribió hacia finales del siglo XX y en la primera parte del nuevo siglo⁴².

IV. EL CATOLICISMO ESPAÑOL

P. *En 1984, usted publicó una monografía sobre la historia del catolicismo español⁴³. ¿Cuál fue el motivo? ¿Qué tenía de particular el catolicismo español? ¿Cómo modeló el catolicismo la historia de España?*

R. Lo que me llevó a estudiar el catolicismo español fue sencillamente su relevancia en la historia de España y su importancia para el catolicismo en general durante, por lo menos, un periodo histórico, el de la Contrarreforma, así como, sobre todo, el hecho de que el catolicismo español tendió a ser un tipo particular de catolicismo, un poco más intenso, un poco más extremo, un poco más into-

⁴² Por ejemplo, su último libro: *Il mito dell'Italia cattolica: Nazione, religione e cattolicesimo negli anni del fascismo*, Studium, Roma, 2020.

⁴³ N. del t.: *Spanish Catholicism...* [v. nota 2].

lerante. Para algunos, fue la forma más intensa de catolicismo, aunque aquí de lo que hay que hablar no es de una intensidad de la espiritualidad sino de una intensidad de ciertas formas y prácticas. Se trata, en definitiva, de un fenómeno histórico que ha sido objeto de caricatura, particularmente en los países protestantes, desarrollándose lo que en 1913 fue definido como la «Leyenda Negra» de la historia de España y del catolicismo español⁴⁴. ¿Hasta qué punto esto fue verdad? Los protestantes tenían la idea de que el catolicismo español fue realmente una forma de religiosidad verdaderamente no cristiana y carente de auténtica espiritualidad. Esto me parecía que era una exageración.

En esta cuestión, nos enfrentábamos a un problema de fuentes. Hay una bibliografía gigantesca sobre la historia del catolicismo en España, pero esta bibliografía gigantesca tiende a ser muy estrechamente biográfica y eclesiástica. No es historia de la Iglesia en el mejor sentido del término, aunque tenga algo de eso. Al menos cuando yo trabajaba sobre ello, se prestaba muy poca atención hacia lo que los españoles llaman «*religiosidad popular*»⁴⁵ o espiritualidad popular, la «religión vivida». Esto no está muy presente en la historiografía de la Iglesia española. Es una historiografía muy elaborada pero de índole muy formalista. Apenas se ocupa de la esencia de la espiritualidad.

Asumí el proyecto en el momento en el que fui director del Departamento de Historia de Wisconsin, entre 1979 y 1982, o sea, en un momento en el que no tenía realmente tiempo para embarcarme en proyectos de investigación. Quería sacar adelante un proyecto que implicase simplemente leer literatura secundaria y el libro resultado de esto fue más bien un ensayo histórico. Después de leer ampliamente sobre la historia del catolicismo español durante más o menos un año, esbocé un par de capítulos en el verano de 1980. Sin embargo, tras escribir durante un par de semanas, abandoné el proyecto. ¿Cómo puede enfrentarse uno a esta historia? No sabía cómo escribirla. Era muy diferente de lo que había hecho antes y realmente no veía la manera de abordarlo. No encontraba un enfoque atractivo. Así que dejé de escribir, pero continué leyendo. Cuando cesé como director, en el

⁴⁴ N. del t.: se refiere a la publicación del libro de Julián JUDERÍAS, *La leyenda negra y la verdad histórica: Contribución al estudio del concepto de España en Europa, de las causas de este concepto y de la tolerancia política y religiosa en los países civilizados*, Tipografía de la Revista de Archivos, Madrid, 1914. Payne habla de 1913 porque fue la fecha en la que se convocó y falló el concurso literario de *La Ilustración Española y Americana* que premió a Juderías. Su trabajo fue publicado en dicha revista en varios números de enero y febrero de 1914 y luego como volumen en el título referido. El libro de Juderías ha sido reeditado numerosas veces; la más reciente tal vez sea la publicada en Salamanca por la Junta de Castilla y León en 2003.

⁴⁵ N. del t.: en español en el original.

verano de 1982, hice otro intento. Entonces sí que pareció funcionar y las piezas parece que empezaron a encajar. Sin embargo, incluso entonces, no me sentía capaz de plantear un tratamiento histórico convincente para la religiosidad popular y para la naturaleza de la espiritualidad española. El libro, al final, fue en parte historia de la Iglesia y en parte una historia del papel de la religión en la política, así como de ciertas características de la religión –y de los cambios en los énfasis en la religión– que se fueron haciendo cada vez más relevantes en el periodo contemporáneo. Aunque el libro versaba sobre toda la historia del catolicismo en España, lo cierto es que me interesé principalmente por la historia contemporánea; los capítulos anteriores fueron más bien de carácter introductorio. El libro atrajo bastante interés, así que hubo otra edición, algo más extensa, con algunas actualizaciones, que hice veinte años después en una reedición especial para la editorial Planeta⁴⁶.

Mi proyecto sobre el catolicismo español lo considero el más difícil de todos a los que me he enfrentado. Es muy difícil concebir el carácter, que se convierte en una caricatura, de la religiosidad popular y de la religión en la sociedad. La religión es parte de la vida interior y lo que se ve es la evidencia en la vida exterior. Básicamente, con lo que hay que trabajar es con las pruebas que se ven en la vida exterior, pero ¿cuánto cuenta eso sobre la vida interior? No se puede estar seguro de cuánto cuenta sobre la vida interior y sobre la espiritualidad de la religión, así que lo único que se puede hacer es simplemente registrar indicadores de vez en cuando. Al final se trata solamente de indicios, de pistas, que no pueden dar un conocimiento intrínseco de la religiosidad en sí. Creo que esto fue un problema y una limitación del libro. Es una limitación de casi todos los libros de historia de la religión. Se convierten en historia de las iglesias, de los líderes, de las comunidades, de las ideas, pero difícilmente pueden ser historias de la espiritualidad, de la vida espiritual, de la vida interior, de la creencia o del sentimiento religioso.

P. *En efecto, no podemos realmente mirar dentro de los cerebros de la gente, y especialmente en los de la gente sencilla, que no dejan ningún registro escrito.*

R. ¡Exactamente! ¡Oh, mira qué supersticiosos son! Sí, de hecho, lo son, y de muchas maneras. Pero, ¿es eso todo lo que queremos saber de ellos? ¿Realmente en eso se resume todo? ¡Yo no lo creo! Hay historiadores críticos que hacen juicios muy cortos de miras, muy superficiales, sobre estas cuestiones. Deberían ser más serios. Es muy difícil para los historiadores trabajar con todo esto.

P. *En 1993, David Blackbourn publicó un libro muy importante titulado Marpingen, sobre las apariciones de la Virgen en una pequeña localidad alemana del siglo XIX,*

⁴⁶ N. del t.: *El catolicismo español*, Planeta, Barcelona, 2006.

al mismo tiempo que Alemania se estaba convirtiendo en un Estado-nación⁴⁷. Este libro me abrió los ojos sobre la historia de la religión. Fue la primera vez que leí sobre aquellos niños pequeños en Prusia⁴⁸ y sobre cómo sus historias atrajeron a miles de peregrinos. La policía prusiana no sabía qué hacer. El libro de Blackbourn dio paso a un estallido de publicaciones de historia de la religión, un tema que la historiografía mayormente liberal había casi completamente ignorado, tal como habían hecho las élites prusianas del momento. ¿Están hoy los historiadores españoles escribiendo más sobre religión?

R. No, yo no diría que esto se haya convertido en una verdadera corriente de historiografía alternativa. No, no es eso. Hay unos pocos historiadores que trabajan sobre religiosidad popular. Lo que más se escribe siguen siendo biografías de líderes eclesiásticos o de grandes acontecimientos en la vida de la Iglesia católica, como la persecución durante la Guerra Civil y la República. Hay como quince libros sobre el catolicismo durante el régimen de Franco, que se ocupan del tema desde diferentes puntos de vista. Es realmente extraordinario. Pero todos se ocupan de las manifestaciones públicas, porque es con lo que se puede trabajar. No ha habido ninguna aproximación en particular a la revitalización de la religiosidad popular.

En cuanto a lo que menciona sobre las apariciones marianas, es interesante señalar cómo estos eventos se producen en tiempos de estrés y crisis. Durante el régimen de Franco la cultura formal o estatal estaba tan re-catolizada que no hubo casos de tensión o de crisis, es decir, no se dieron esas situaciones en las que habitualmente se producen las apariciones de la Virgen.

V. LA CONSTRUCCIÓN DE UN GRAN RELATO SOBRE LA REPÚBLICA Y EL FRANQUISMO

P. *Doctor Payne, usted comenzó su carrera con una tesis sobre Falange, que fue publicada en 1961⁴⁹, en 1980 salió su libro analizando el fenómeno del fascismo⁵⁰ y en 2000 usted escribió la monografía Fascism in Spain⁵¹. ¿Cómo describiría brevemente el desarrollo de estos cuarenta años de estudios del fascismo?*

⁴⁷ David BLACKBOURN, *Marpingen: Apparitions of the Virgin Mary in Bismarckian Germany*, Oxford University Press/Clarendon Press, Oxford, 1993.

⁴⁸ N. del t.: la localidad de Marpingen formaba parte, en efecto, del reino de Prusia, pero estaba situada en la región del Sarre, mayoritariamente católica.

⁴⁹ N. del t.: *Falange...* [v. nota 10].

⁵⁰ N. del t.: *Fascism...* [v. nota 25].

⁵¹ *Fascism in Spain 1923-1977*, University of Wisconsin Press, Madison, 2000.

R. Como la eliminación gradual del fascismo en España. En realidad, cuando yo estaba haciendo mi primera investigación en España, en 1958, el falangismo revolucionario estaba básicamente muerto, aunque continuase la forma burocrática de falangismo, que fue la que se deshizo por completo con la disolución final del partido en 1977, poco después de la muerte de Franco. Así que, en pocas palabras, la historia continuó durante las dos décadas siguientes, pero solo en su forma más débil y tenue. Esto me permitió completar la historia del falangismo español. Lo que quiero decir es que después de este tiempo fue posible hacer realmente una historia del fascismo en España, entre 1923 y 1977. Se trataba de un periodo muy largo, de medio siglo más o menos. Se trataba de la historia más larga de continuidad de cierta idea de fascismo en un país europeo, aunque no fuese en absoluto la expresión más intensa de fascismo. De hecho fue una de las expresiones significativas más atenuadas de fascismo.

Lo que me puso en marcha fue una petición de la principal editorial en España para que hiciese un libro de esa temática, porque mi libro anterior sobre la Falange se había vendido muy bien, o al menos eso se pensaba, porque lo cierto es que nadie sabe cuántas copias se vendieron realmente. La traducción al español había sido publicada por una editorial del exilio, que tenía que introducir los libros de contrabando por la frontera y no sabemos cuántos se vendían finalmente, así que no podían pagar derechos a los autores. Nunca me enfadé con José Martínez, que era un izquierdista revolucionario de carácter condescendiente, porque entendí que él estaba luchando por mantener la editorial a flote⁵². Yo le quedé muy agradecido de que publicase las ediciones españolas de mis dos primeros libros y de que fueran traducciones fieles y precisas. El hecho de que se quedase con todos los ingresos pienso que fue suficientemente justo en vista de las circunstancias. No estaba ganando mucho dinero y realmente lo necesitaba, porque solo era capaz de vender unos pocos libros claves, el de Hugh Thomas⁵³ y unos pocos más. Necesitaba ese dinero para mantener en marcha toda la operativa, de modo que nunca supe cuántas copias de este libro se vendieron, pero, como digo, me pareció bien así. El libro había tenido, en efecto, un gran éxito dentro de España, gozaba de una cierta reputación, por lo que Planeta, la editorial más

⁵² N. del t.: se refiere a la ya mencionada editorial Ruedo Ibérico (v. nota 10) y a José Martínez Gue-
rricabeitia (1921-1986), su director y uno de los fundadores (cfr. Albert FORMENT, *José Martínez:
La epopeya de Ruedo ibérico*, Anagrama, Barcelona, 2000).

⁵³ N. del t.: se refiere a Hugh THOMAS, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, París, 1961. Fue
reeditado en 1962, 1967, 1973 y 1975.

grande del país, quería una versión nueva, actualizada, finalizada, completa. Por supuesto, no podía ser un libro como el que escribí en 1961, porque aquel fue como un vaso de agua en el desierto. No había nada parecido en aquel momento. Fue una especie de bomba. Pero para fines del siglo XX, la historiografía española ya estaba produciendo mucho, con particular atención a la historia reciente. Este era un gran campo en España. Se publicaron todo tipo de aportaciones. Monografías sobre aspectos particulares del falangismo y estanterías enteras sobre el falangismo, toda una literatura para entonces. Mi libro, en definitiva, no fue sino una aportación más a toda aquella corriente. Creo que el editor me hizo un adelanto tan grande que al final acabó perdiendo dinero, porque el libro se vendió bien, sí, pero dentro de lo habitual en un libro académico de historia. Los editores cometen errores como este a menudo⁵⁴.

¿Cuál fue la principal novedad que aportó el libro? Simplemente, el hecho de ser una historia completa. Rectificaba algunos errores, rellenaba algunos huecos, porque mi base empírica en 1958 era mucho más limitada. Este libro fue mucho más completo porque a finales de los noventa contaba con una buena perspectiva histórica. En la edición española había también un tratamiento general del fascismo y una sección sobre el fascismo italiano. Esto no lo incluí en la edición inglesa porque había ya disponible una considerable literatura sobre el fascismo. ¿Fue un libro único en su enfoque? Realmente no. Fue simplemente más completo. No cambié ninguna de mis interpretaciones básicas, no cambié mi valoración de José Antonio Primo de Rivera, no cambié mi valoración de Franco o del papel del partido dentro del régimen. Creo que fue mucho más penetrante, más preciso, más certero que el primer libro. Por otro lado, no fue probablemente tan divertido de leer porque el libro de 1961 tenía una pizca de romanticismo juvenil, que capturaba un cierto espíritu del momento. Más adelante, hubiera sido imposible, hubiera parecido demasiado benévolo y pueril. El libro de 1961 tenía una cierta aura o pátina del que carecería el volumen posterior.

Por otro lado, en 1976, un año después de la muerte de Franco, un editor español me había ofrecido un contrato para hacer una historia del régimen franquista. Sin embargo, le dije que muchas gracias pero no, que no me era posible escribir una historia del régimen cuando solo había transcurrido un año desde su final. Era demasiado pronto, el panorama tenía que aclararse y se necesitaba

⁵⁴ *Franco y José Antonio: El extraño caso del fascismo español*, Planeta, Barcelona, 1998. En el mismo año apareció *El primer franquismo, 1939-1959: Los años de la autarquía* (Col. «Historia de España», vol. 28), Historia 16, Madrid, 1998.

perspectiva política e histórica. Diez años después, en cambio, sí que pude escribir una historia del régimen de Franco⁵⁵. Creo que salió razonablemente bien. Fue una historia del régimen en términos de estructuras amplias del sistema de gobierno. Fue relativamente original comparado con lo que se había escrito en España. Fue mucho más independiente y creo, francamente, más objetivo, más desapegado. Lo que se estaba haciendo en España eran o bien varias formas de denuncia o, por otro lado, de apologías. Y este libro no era ni una cosa ni la otra. Era una nueva historia del franquismo, tenía cierta originalidad cuando fue publicado en 1988.

P. *¿Fue un libro de carácter más comparativo que los que se estaban publicando en España?*

R. Sí, lo fue. Aunque no trataba de ser un libro comparativo, sí que establecía una comparación del régimen de Franco con otras dictaduras europeas, definiendo las características fascistas del régimen y sus límites. Se trataba simplemente de una forma diferente de abordar el franquismo respecto de la que se estaba practicando en España. Dentro de la historiografía española del momento, fue un libro original.

Unos pocos años después, en 1991, llegamos al centenario del nacimiento de Franco. Espasa-Calpe contactó conmigo de nuevo y me preguntó si quería publicar una biografía breve de Franco. Les dije que nunca había escrito una biografía y que no sabía si podría hacerlo, pero que lo pensaría. Poco después volví a Wisconsin y mandé una carta por correo aéreo (esto era antes de que los correos electrónicos fueran lo normal) diciendo que lo sentía pero que no podía hacerlo, y la puse en el casillero de correos del departamento. Mientras estaba conduciendo de vuelta a casa, pensé que, bueno, sí que podía hacerlo. Sería fácil si fuese más una historia del régimen. Al fin y al cabo, solo me estaban pidiendo un texto breve. Así que llamé a la secretaria del departamento, les dije que tenían en el casillero de correo saliente una carta escrita por mí para una editorial española y les pedí que la pusiesen en mi casillero personal. Envié una segunda carta y, muy rápidamente, en tres semanas, escribí el libro⁵⁶. Fue el libro que he escrito más rápidamente. Se trataba simplemente de extraer de la historia de su régimen una biografía política de Franco. No fue original en absoluto, no fue una contribución real a la investigación sobre Franco. De nuevo, recibí un buen adelanto de la editorial. Sin embargo, les gustó a los lectores españoles y fue el número uno de

⁵⁵ *The Franco Regime, 1936-1975*, University of Wisconsin Press, Madison, 1987 [ed. española: *El régimen de Franco*, Alianza, Madrid, 1988 (n. del t.)].

⁵⁶ *Franco: El perfil de la historia*. Espasa-Calpe, Madrid, 1992.

las listas de no ficción durante semanas. Quizás fue por eso por lo que pensaron luego que el libro más extenso de 1998 sobre el falangismo iría bien, pero en eso se equivocaron.

P. *En 1993, usted publicó un libro sobre la II República*⁵⁷ *y, en 2017, una biografía de Alcalá-Zamora*⁵⁸. *¿Cómo surgieron estos dos volúmenes?*

R. Benedetto Croce dijo una vez que toda historia es historia contemporánea. Si esta expresión es correcta significa que cuando pensamos sobre la historia, nuestra prioridad, nuestro enfoque, está muy condicionado por nuestras circunstancias y lo que está ocurriendo en nuestra época. La perspectiva de finales de los ochenta –comencé este libro hacia 1989, después de terminar la historia del régimen franquista– era que la democratización después de Franco había sido, de hecho, un éxito. En aquel momento, hacia 1990, parecía, aún más si cabe, más exitosa de lo que se podía haber predicho. Si los españoles tenían la capacidad para construir una democracia, ¿por qué fracasaron en los años treinta?, ¿por qué la II República fue un desastre tal? La interpretación de la derecha española, de la que Franco era partícipe, fue que existían ciertos factores socioculturales. Los españoles estaban demasiado fragmentados, demasiado divididos, demasiado enfrentados, para hacer que funcionase un sistema parlamentario. Estaban convencidos de que los españoles necesitaban instituciones más fuertes, un liderazgo más fuerte, para que el Estado funcionase exitosamente. Eso fue lo que Franco siempre sostuvo, y una de sus últimas advertencias antes de morir fue: «cuidado con los *demonios familiares*»⁵⁹ de la sociedad y de la cultura españolas, con el faccionalismo, con los conflictos internos. Los españoles parece que, en efecto, consiguieron mantenerlos a raya e hicieron que funcionase una democracia liberal y una monarquía parlamentaria. Pero no habían sido muy capaces de ello en el pasado. ¿Por qué? ¿Se trató simplemente de la modernización, del desarrollo de una nueva estructura económica, social y cultural, o algo así? ¿Por qué no funcionó, en definitiva, la República española?

El único libro en inglés que trataba de esto fue el que había escrito Gabriel Jackson en 1965⁶⁰. Era considerada la obra de referencia pero a mí no me

⁵⁷ *Spain's First Democracy: The Second Republic, 1931-1936*, University of Wisconsin Press, Madison, 1993 [ed. española: *La primera democracia española: La Segunda República, 1931-1936*, Paidós, Barcelona, 1995 (n. del t.)].

⁵⁸ *Alcalá Zamora and the Failure of the Spanish Republic, 1931-1936*, Sussex Academic Press, Brighton, 2017 [ed. española: *Niceto Alcalá-Zamora, el fracaso de la república conservadora*, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, Madrid, 2016 (n. del t.)].

⁵⁹ N. del. t.: demonios familiares, en español en el original.

⁶⁰ Gabriel JACKSON, *The Spanish Republic and the Civil War...* [v. nota 19].

parecía que acertase al convertir en héroes a la izquierda moderada, es decir, a los principales dirigentes de la República, a los que la revolución les estalló en la cara. Manuel Azaña, el líder principal de la izquierda republicana, dijo que si, teniendo en cuenta todo el poder que tenían, terminaban fracasando sería únicamente culpa de ellos. Estaba completamente en lo cierto. Si fracasaban sería por su culpa, no por culpa de la derecha ni tampoco, ni siquiera, por culpa de la izquierda revolucionaria. Resolví, pues, escribir una historia de la República lo más objetiva posible y que no demonizase innecesariamente a ninguno de los actores específicos, que no demonizase a la izquierda moderada, que no demonizase a la derecha, que no hiciese una caricatura del centro o incluso que no convirtiese en los grandes villanos de la historia a la derecha radical o a la izquierda revolucionaria. Una historia objetiva de la República, una historia escrita sin nociones preconcebidas.

Mi planteamiento consistió no tanto en centrarme en los fracasos de esa izquierda moderada como en que no fue capaz de construir un régimen de derechos iguales para todos. Los héroes de esta historia no fueron los católicos o los anticlericales, los héroes fueron la minoría centrista, algunos de los cuales fueron antiguos anticlericales que se habían vuelto demócratas e intentaron crear un régimen con derechos iguales para todos, no solo para los izquierdistas, ideológicamente más próximos a ellos, sino también para los católicos, incluso para los católicos muy conservadores, para que, por muy conservadores que fuesen, disfrutasen de tanto derecho a la libertad religiosa como cualquier otro, para que tuviesen iguales derechos e igual capacidad de participación en el sistema político que los demás. Los únicos héroes reales fueron, por lo tanto, esa minoría de centristas liberales porque intentaron crear un verdadero sistema constitucional. Los de la izquierda moderada no fueron, por supuesto, los villanos de esta historia, pero desde luego tampoco los héroes que había presentado Jackson. Más bien, fueron quienes dirigieron un proceso de exclusión que realmente hizo el proceso democrático imposible y disfuncional. Con todo, mirando atrás, tengo la sensación de que al libro tal vez le faltó ocuparse algo más del fracaso y colapso de la República. Intenté ser tan imparcial que creo que no expuse con suficiente nitidez lo que terminó ocurriendo finalmente.

Por ese motivo, decidí hacer un segundo libro que sería, al mismo tiempo, muy similar y muy diferente del primero⁶¹. Este libro se centró en el colapso

⁶¹ *The Collapse of the Spanish Republic, 1933-1936: Origins of the Civil War*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2006 [ed. española: *El colapso de la Segunda República: Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005 (n. del t.)].

de la Segunda República, entre 1934 y 1936. Fue un proceso muy complejo, un poco como el periodo de tres años de crisis de la República de Weimar en Alemania. De hecho, había algunas similitudes entre Weimar y España. Algunos aspectos de la constitución de 1931 fueron incluso modelados conscientemente a partir de la constitución de Weimar. Mi libro prestó mucha atención a los fracasos de la izquierda moderada, lo que le dio quizás un tono algo polémico, pero pensaba que era necesario poner sobre la mesa todos los contornos del problema. No podía ser tan imparcial que al final no me expresase con suficiente claridad.

Fue entonces, hacia 2012, cuando otra editorial española me invitó a escribir un estudio biográfico dentro de una colección que estaban publicando sobre los principales dirigentes de los gobiernos parlamentarios constitucionales en España, o sea, no *caudillos*⁶² militares ni dictadores, sino líderes principales de gobiernos liberales. Querían un trabajo sobre Alcalá-Zamora⁶³, que fue el único verdadero presidente de la República española porque fue presidente durante la fase republicana, prerrevolucionaria, o parlamentario-constitucional, de la República. A pesar de todos sus defectos, fue depuesto en un procedimiento que, aunque pacífico, fue de dudosa constitucionalidad y legalidad. Por lo tanto, abril de 1936 realmente marcó el final de la república constitucional parlamentaria, porque cuando Azaña asumió el poder realmente se convirtió en el presidente del gobierno revolucionario y de la guerra civil, en el presidente de un proceso violento y de un tipo diferente de régimen. Considero que como presidente durante la Guerra Civil realmente solo fue una especie de figura simbólica; los revolucionarios eran los que estaban en el gobierno.

Alcalá-Zamora, en cambio, había sido, durante la mayor parte de su presidencia, el político más poderoso. Hizo y deshizo gobiernos, como jefe del Estado intervino a menudo en las actividades parlamentarias, incluso más que Alfonso XIII, el último rey, el último monarca parlamentario. Los republicanos habían dicho de Alfonso XIII que era un «tirano» pero de hecho Alcalá-Zamora fue mucho más falsificador del proceso constitucional, mucho más autoritario, mucho más manipulador. Fue alguien que pervirtió mucho más las normas constitucionales en su propio beneficio, intentando controlar el parlamento más de lo que lo

⁶² N. del t.: en español en el original.

⁶³ N. del t.: *Alcalá Zamora...* [v. nota 58]. Merece la pena apuntar que este proyecto editorial fue iniciativa de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), el *think tank* presidido por el expresidente del Gobierno José María Aznar y afín, por lo tanto, al Partido Popular, o, al menos, a parte de él.

hubiese hecho el rey. Los españoles lo apodaron «*Alfonso en rústica*»⁶⁴, o sea, una edición en tapa blanda de lo que sería propiamente un rey, en tapa dura. Alcalá-Zamora fue mucho más «monárquico», mucho más «tiránico», que lo que nunca fue el rey.

P. *Me gustaría saber más acerca de su comparación con la Alemania de Weimar. ¿Qué fue similar y qué diferente en aquellos tres últimos años de gobierno constitucional en uno y otro país?*

R. Lo que fue similar fue el empeño en construir de forma abrupta un nuevo régimen en un país que nunca antes había tenido un sistema plenamente democrático, que nunca antes había sido una república funcional. España había tenido una primera república que apenas duró un año y fue un sistema completamente caótico. Tuvo cuatro presidentes en menos de doce meses y durante largo tiempo, durante décadas, el concepto de república y de republicanismo tuvo muy mala reputación, hasta la rápida liberalización que se produjo después de la Primera Guerra Mundial. Hasta aquí las similitudes, porque ambos países fueron muy distintos. Alemania era probablemente uno de los países más modernos de Europa, del mundo. España tenía un considerable retraso de desarrollo. Por otro lado, Alemania se convirtió en una república como resultado de un profundo trauma nacional. Sin embargo, aunque la república en España se inició durante la Gran Depresión, España sufrió la crisis económica proporcionalmente menos que Alemania. España no era un país industrializado en aquel momento y tenía una economía agrícola bastante autárquica. Su sector exportador no era demasiado importante. De modo que, aunque en conjunto la economía española resultó también bastante afectada por la Gran Depresión, no lo fue proporcionalmente tanto y no hubo tanto desempleo en términos absolutos en España como lo hubo en Alemania. Desde luego, fue una especie de ventaja para España que el país no estuviese atravesando algún tipo de trauma nacional. Es más, salía de la década de más rápida modernización y mejora, crecimiento económico positivo, transformación de las estructuras sociales, expansión de la educación, desarrollo de la cultura moderna. Habían sido los diez años más positivos de toda su historia. Aquella situación era todo lo contrario a un trauma. Esto hizo posible la república. Porque en España se creó la «revolución de las expectativas crecientes», tal como Alexis de Tocqueville había definido la Revolución francesa –el origen de todas las revoluciones modernas– cuando escribió sobre ella a mediados del

⁶⁴ N. del t.: en español en el original.

siglo XIX. Cuando la gente está realmente oprimida, está demasiado oprimida para ser revolucionaria. Las revoluciones ocurren cuando las cosas están yendo mejor pero, de pronto, hay como un retroceso y las expectativas crecientes son súbitamente frustradas.

P. *Un buen ejemplo también puede ser lo que pasó en 1989 en China. Las manifestaciones de la plaza de Tiananmén, que fueron brutalmente reprimidas, ocurrieron después de una fase de liberalización y de expectativas crecientes.*

R. Correcto, la frustrada revolución liberal china también ocurrió después de una década de liberalización, como también ocurrió en Rusia a comienzos del siglo XX, en Francia y en otros muchos lugares.

Así que, volviendo a la comparación, España tenía ciertas ventajas que Alemania no tuvo. Por otro lado, los demócratas y liberales alemanes superaron una notable serie de desafíos en los cuatro primeros años y pusieron en marcha una democracia que funcionaría durante la mayor parte de la década siguiente. Al final todo colapsó, pero lo hizo en varias fases. Hubo una dictadura legal durante la crisis de la Gran Depresión, del mismo modo que en la República española hubo muchas restricciones al gobierno parlamentario y al parlamento, y las garantías parlamentarias fueron suspendidas a veces, aunque esas restricciones fueron mucho más suaves en España que en Alemania. Realmente la República alemana debía haber podido superar la crisis de la Gran Depresión porque ya había capeado bien varias crisis anteriores. Piénsese en el editorial del Año Nuevo de 1933 del *Frankfurter Zeitung*, en el que se decía que el gran desafío nacionalsocialista había sido derrotado y que el nacionalsocialismo estaba en declive. De hecho, los indicadores exteriores mostraban que eso era lo que en realidad estaba ocurriendo. Pero, por supuesto, las cosas al final no discurren de esa manera.

Pregunta. *¿No hubo un Hindenburg en el caso español? ¿O fue Alcalá-Zamora hasta cierto punto una figura similar?*

R. Tal vez podría pensarse en Alcalá-Zamora como el Hindenburg español, pero fue Azaña quien hizo realmente posible la revolución. Azaña no era un revolucionario, pero sí fue el líder político que dio cobertura a la revolución. Y la revolución fue siempre percibida como si fuese a la defensiva y no a la ofensiva. Como dijo Trotsky en su historia de la Revolución rusa, los revolucionarios cuando actúan decisivamente deben intentar parecer que están actuando a la defensiva. Esto les da mucha más legitimidad y cobertura legal cuando, en realidad, están violando la ley.

P. *El mito de la victimización es central, de modo que el mito antifascista fue siempre importante para el movimiento comunista. Les da superioridad moral, aunque*

*los nazis también cultivaron el mito de la victimización: el culto a Horst Wessel o a las víctimas del putsch de Hitler*⁶⁵. *Eso también creó un sentido de comunidad.*

R. El mártir siempre es sacralizado. Es la víctima sufriente, no es el perpetrador sino el objeto que recibe la violencia. Esto siempre es importante.

VI. LA RELIGIÓN CATÓLICA Y LA HISTORIA DE ESPAÑA

P. *¿Podría desarrollar un poco más la relación entre Iglesia y Estado en España? ¿Podría hablarnos también sobre la «Leyenda Negra», que está conectada con esta relación, así como de algo que usted ha llamado la «ideología española»?*

R. Lo de la «ideología española» es un constructo de mi invención. Hay ciertas paradojas. En el comienzo, durante el siglo VII, con la primera coherencia institucional en España, las asambleas prenacionales del reino visigodo estaban dirigidas por los obispos diocesanos. Esto creó una forma de identidad, aunque no sabemos mucho acerca de aquello. No hubo nada similar en la Europa de su tiempo. Sin embargo, estas asambleas desaparecieron con el reino visigodo, tras la conquista musulmana. El hundimiento de la sociedad cristiana continuó progresivamente durante los siguientes siglos, hasta el siglo X. La mayoría de la población se hizo musulmana. El objetivo de las pequeñas minorías cristianas independientes del norte era simplemente resistir, sobrevivir, aunque también recuperar algo de territorio. La recuperación de la Iglesia en España fue una reconquista ideológica, religiosa, política y económica. Así comenzó la muy estrecha relación entre Iglesia y sociedad que casi todos los historiadores consideran tan importante, aunque a veces la exageren.

A veces se dice que la sociedad española fue la única sociedad islámica en territorio europeo. Desde luego, para los siglos X u XI, la España musulmana tenía un alto nivel económico y cultural. Muchos comentaristas modernos han definido Al-Ándalus como un sistema de coexistencia de las tres religiones –añadiendo el judaísmo a la mezcla–, todas juntas conviviendo y en armonía. Tal cosa, por supuesto, nunca existió. En realidad, en los reinos cristianos independientes y en Al-Ándalus había una religión dominante y las otras estaban claramente en una posición inferior. Aunque es verdad que hubo ciertos acuerdos que les permitieron sobrevivir y continuar funcionando, no se trató de una verdadera

⁶⁵ N. del t.: se refiere, en el primer caso, al asesinato del joven nazi Horst Wessel en 1930 por un militante comunista y, en el segundo, al intento de golpe de Estado de Hitler en Múnich en 1923, en el que resultaron muertos dieciséis nazis.

«tolerancia», tal como la percibimos hoy en el siglo XXI, sino más bien una «tolerancia discriminatoria». Por otro lado, los españoles tuvieron una relación muy específica con la sociedad musulmana, que no existió en ninguna otra sociedad europea. En todas las sociedades medievales, la religión jugó su papel asociada al Estado, y era asumido que el sistema político y la sociedad en su conjunto eran cristianos, aunque al mismo tiempo, y al contrario de lo que ocurría en las sociedades cristianas orientales, las instituciones de la Iglesia y del Estado estaban claramente diferenciadas. En el islam, en cambio, no había propiamente una organización religiosa como la Iglesia. La relación de los Estados cristianos con los musulmanes era una situación de conflicto, de hostilidad, de guerra intermitente y más o menos continua, pero también de relaciones pacíficas, que hacen de todo el conjunto un problema muy complejo. En el siglo XV, la sociedad española se hizo crecientemente intolerante. Expulsó a los judíos y se embarcó en la «reconquista» final de todos los territorios bajo control musulmán. Quiero evitar el término «reconquista» porque plantea un problema conceptual en la historiografía española.

Pero la pregunta era: ¿qué papel jugó la religión en todo esto? La religión obviamente fue muy importante en el sentido de que la sociedad era cristiana y no musulmana, y en el sentido de que el cristianismo se convirtió en el principal elemento de identidad de la sociedad española. ¿Cómo de importante fue vivir con otras religiones de estatus inferior? Resultó que, a lo largo de la Edad Media, el cristianismo fue en España más tolerante con las religiones no cristianas que en otras sociedades occidentales. En Inglaterra, los judíos fueron expulsados en el siglo XIV, en Francia al final del XIV también, pero no así en España. La sociedad judía en general floreció en España, y se dio una de las edades doradas del judaísmo de la diáspora. La creación de un único Estado a finales del siglo XV, junto con la afirmación de la posición de España en el mundo y su expansión ultramarina, implicó una necesidad de seguridad militar y de deshacer las «quintas columnas». Así que los musulmanes fueron llevados a un estatus mucho peor que al principio, y los judíos que no se convirtieron fueron expulsados de España. Una gran parte de la sociedad judía se convirtió. Fue probablemente la mayor apostasía en términos proporcionales de judíos hacia el cristianismo que se dio en una sociedad europea tradicional. Y aquellos que no se convirtieron formaron la comunidad sefardita hasta nuestros días.

Hacia 1500, España tendió a constituirse en una sociedad más monolítica, aunque nunca fue una sociedad completamente sin fisuras, ya que se mantuvieron minorías criptoislámicas y criptojudías. Se estableció un tipo singular de inquisición, que fue un fenómeno casi exclusivamente español, en parte para

mantener la pureza de la religión y en parte para la seguridad del Estado, en tanto en cuanto se consideraba que la Inquisición no se ocupaba nunca de los musulmanes genuinos o de los judíos genuinos sino de los «cristianos deficientes». Fue un instrumento de uniformidad y de represión que, en ciertos aspectos, fue más allá de lo que se puede encontrar en otros países europeos, aunque esto ha sido considerablemente exagerado porque formas de inquisición pudieron encontrarse en todos los Estados cristianos durante los siglos XV y XVI. Pero la religión se identificó más y más con las instituciones políticas, con el sistema político y con la sociedad en su conjunto en una medida mayor que en el resto de la Europa occidental. Por ejemplo, en los concilios de la Iglesia del siglo XV, en Basilea y Constanza, los representantes españoles querían un estatus especial porque decían que ellos estaban empeñados en una «guerra divina» para defender y expandir la Cristiandad, y que esto no se había hecho de forma sistemática en ningún otro país occidental.

Es indudable que hubo una identidad cristiana que se expresó más vigorosamente en España. Pero, ¿significa esto que España fuese más católica? No, no creo que lo fuese en un sentido religioso, sino en el sentido de que la religión se identificó más en términos prenacionales, en términos políticos, sociales e institucionales. Con España viviendo en la frontera con el islam, este proceso fue fundamental para terminar de fraguar, hacia el siglo XV, el carácter español. Y esto continuó durante el XVI, también en relación con la expansión del imperio español. Fue absolutamente fundamental y dio a España una especie de vigor en la fase final de la sociedad puramente tradicional de los siglos XVI y XVII, aunque a la postre la situase en una posición débil para el cambio a un tipo diferente de estructura cultural en los siglos XVIII y XIX. Esta identidad nacional tan completa entre Iglesia y sociedad en España, que se establecía de arriba hacia abajo, empezó a ser contestada en el siglo XVIII. Hubo restricciones impuestas por el reformismo real, pero fueron esencialmente técnicas o impuestas contra ciertas órdenes, como los jesuitas, a los que se los consideró demasiado poderosos. Estas restricciones nunca tuvieron que ver con la religión o con la Iglesia en conjunto, incluso a pesar de que en la parte final del siglo XVIII el Estado comenzó lo que en España se llamó el proceso de *desamortización*⁶⁶, o sea, la recuperación⁶⁷ de cierta

⁶⁶ N. del t.: en español en el original.

⁶⁷ N. del t.: aunque las donaciones reales fueron muy significativas durante el largo período de formación del patrimonio de las instituciones eclesiásticas, lo cierto es que solo constituyeron una parte del origen de tal patrimonio (cfr. Francisco MARTÍ, *La desamortización española*, Rialp, Madrid, 2003, pp. 19 y 31-36).

cantidad de tierra que había sido entregada a la Iglesia y que la Iglesia controló en la sociedad tradicional.

Esta era la situación en España cuando el país entró en la era de los modernos Estados-nación, con el levantamiento contra la ocupación francesa en 1808 y con la empresa de escribir una constitución moderna, de estilo liberal, una de las más tempranas en la Europa continental. Sin embargo, los liberales españoles originales se consideraban a sí mismos buenos católicos, y de hecho, hubo un clero muy «progresista» (¡no en el sentido que tiene el término en el siglo XXI!) y modernizador, y que tuvo un desproporcionado protagonismo en el más temprano liberalismo después de 1808. No se percibió entonces como que hubiese un conflicto entre liberalismo y catolicismo. Se esperaba que España permaneciese como una nación completamente católica. Solo cuando los sectores más avanzados del liberalismo español se movieron hacia la izquierda, durante la segunda fase del liberalismo, alrededor de 1820 y 1821, emerge la presencia de los «*exaltados*»⁶⁸ radicales, cuyas posiciones se volvieron mucho más anticlericales, aunque no anticatólicas en el sentido religioso sino anticlericales en el sentido de reducir el poder de la Iglesia. Querían acabar con la Inquisición, que fue abolida definitivamente, y también iniciar el proceso de desamortización, lo que no ocurriría hasta la década siguiente.

De este modo, el nacionalismo español, como el nacionalismo de la mayoría de los países europeos en el siglo XIX, fue un nacionalismo liberal. Aunque esto suponía una innovación, también fue algo que se construyó sobre la historia y la tradición españolas, como algo no divorciado en modo alguno de las instituciones tradicionales españolas, como la Iglesia. Sin embargo, poco a poco, a lo largo del siglo XIX, los dirigentes de la Iglesia, la mayoría del clero y también la mayoría de los fieles no quisieron ser nacionalistas en tanto en cuanto no eran liberales. Esto empezó a cambiar, en parte por accidentes políticos, en parte por el movimiento de los países europeos occidentales hacia el cambio social y cultural de la primera mitad del siglo XIX. En la primera guerra carlista, en los años treinta, los tradicionalistas que lucharon contra los liberales se involucraron a sí mismos en la bandera de la religión, al tiempo que la mayoría de los liberales, aunque se consideraban a sí mismos católicos, apoyaron cada vez más las políticas anticlericales.

Es interesante considerar las posiciones de los dirigentes de la Iglesia en las guerras civiles y en los conflictos del siglo XIX. A pesar del ultracatolicismo de los

⁶⁸ N. del t.: en español en el original.

tradicionalistas, la jerarquía no fue nunca carlista. Los líderes de la Iglesia estaban decididos a mantener su fuerte conexión con la dirección del Estado español, que estaba en manos de los liberales en parte por accidentes políticos y dinásticos. La alta jerarquía española no fue, salvo excepciones, carlista. Fue más, como diría un francés, «*politique*», intentando adoptar una actitud política más sofisticada, moderada y negociadora.

Sin embargo, la guerra carlista trajo consigo por primera vez un radicalismo liberal. El liberalismo más avanzado se volvió más radical. Para 1836 ya había llegado un liberalismo radical anticlerical. Tuvo lugar la confiscación de las tierras de la Iglesia, de modo tal que perdió la mayoría de sus propiedades, aunque finalmente se llegó a un arreglo con el concordato de 1851. Los liberales moderados crearon la nación española moderna a través de reformas constitucionales en los años cuarenta y cincuenta. Es entonces cuando se construyó el sistema liberal moderado en España, inspirado en el modelo centralizado francés. Los liberales moderados se entendieron a sí mismos como católicos y negociaron en el concordato de 1851 compensaciones para la Iglesia por la propiedad confiscada. El catolicismo español de la primera mitad del siglo XIX no fue nacionalista, pero los carlistas se dieron cuenta de que tenían que llegar a un acuerdo con el nacionalismo. Tenían que forjar un tipo diferente de nacionalismo, uno que fuese el más tradicional y «*españolista*»⁶⁹ o «ultra-español», mientras que los moderados también mantenían su nacionalismo. En este sistema de Estado liberal, nacional, todavía existía la unión de Iglesia y Estado.

El primer interludio democrático, el llamado Sexenio, entre 1868 y 1874, que terminó con la república de 1873-74, fue tan caótico que la planeada separación de Iglesia y Estado no pudo ser llevada a cabo. Posteriormente, la estrecha relación Iglesia-Estado se mantuvo aunque garantizando una considerable cantidad de los derechos civiles propios del siglo XIX. El final del siglo XIX fue una época de relativa paz y concordia, que se rompió a comienzos de siglo con el aumento del anticlericalismo y de otras ideologías, empujadas por los acelerados cambios sociales y culturales. Los liberales y los republicanos se dividieron cada vez más en dos grupos diferentes. Los liberales moderados y de derechas comenzaron a ser llamados conservadores, y en la izquierda el anticlericalismo fue aumentando, como también fue aumentando la protesta contra las libertades y derechos del clero en el particular sistema español. Esta tendencia fue llevada en una dirección más radical por la II República en 1932.

⁶⁹ N. del t.: en español en el original.

P. *Mencionaba usted la Leyenda Negra. ¿Cómo se relaciona la Leyenda Negra con la historia de la Iglesia española? ¿Está la Inquisición en el centro de este mito?*⁷⁰

R. Lo más importante es que la así llamada «Leyenda Negra», como los historiadores han revelado, fue una invención antiespañola de los protestantes del norte de Europa en el siglo XVI. Representaba a los españoles como siniestros y opresivos, atrasados, descendientes bastardeados de antiguos judíos y antiguos musulmanes. De todos modos, hay que aclarar que las primeras expresiones de antiespañolismo categórico aparecieron, sin embargo, en la Italia de los siglos XV y XVI. Los italianos eran católicos y se llevaban moderadamente bien con los españoles, pero también hay que recordar que el sur de Italia había pasado a formar parte del imperio español. La principal versión de la Leyenda Negra, en cualquier caso, fue, efectivamente, la desarrollada por protestantes holandeses e ingleses durante los siglos XVI y XVII. Como muchas otras cosas en la historia, el término «Leyenda Negra» no surgió hasta mucho después, hasta los años noventa del siglo XIX, cuando ciertos escritores empezaron a hablar sobre las actitudes extranjeras hacia España. Solo en 1913, el término devino canónico cuando un funcionario español, Julián Juderías, escribió un libro titulado *La Leyenda Negra*, acuñando de este modo el concepto⁷¹. Es interesante que, desde la publicación de este libro, el texto de referencia haya sido un texto español. En sentido contrario, ya en el siglo XVI, otro libro español, el de Bartolomé de las Casas sobre la destrucción de las Indias⁷², una obra polémica y retórica que describió los sufrimientos infligidos a los indios de una forma algo distorsionada, especialmente exagerando el número de víctimas, había sido leído con entusiasmo y traducido al inglés, al neerlandés y a otras lenguas de las sociedades protestantes del norte de Europa. Fue considerado como una «prueba» de que los españoles eran extremadamente sádicos, que disfrutaban torturando a la gente y de que esto fue llevado a cabo en cumplimiento del más riguroso catolicismo.

Los crímenes de la Inquisición también fueron exagerados, porque en realidad no tanta gente fue quemada en la hoguera o maltratada como habitualmente se afirma. Es cierto que solo España tuvo formalmente una inquisición a escala nacional. Ninguna otra sociedad tuvo una «inquisición nacional» como

⁷⁰ N. del t.: en este sentido, debe mencionarse uno de los libros más recientes de Payne: *En defensa de España: Desmontando mitos y leyendas negras*, Espasa, Madrid, 2017.

⁷¹ Julián JUDERÍAS, *La leyenda negra...* [v. nota 44].

⁷² N. del t.: Bartolomé DE LAS CASAS, *Brevisima relacion de la destruycion de las Indias*, s.n., Sevilla, 1552. De entre las muchas ediciones modernas, puede mencionarse la publicada en Madrid por Alianza en 2005.

institución claramente definida que llevase a cabo la persecución de los cristianos heterodoxos, aunque los historiadores revisionistas han mostrado que otras sociedades las tuvieron también. Sin embargo, «la Inquisición» para muchos se convirtió en una institución particularmente española. Y la idea de que los españoles eran los fanáticos religiosos y los antiintelectuales por antonomasia, que es la esencia de la Leyenda Negra, solo empezó a retroceder a finales del siglo XVIII, y después durante el siglo XX, cuando poco a poco a España en su conjunto dejó de descalificársele en tales términos.

P. *¿Cómo describiría la influencia del Papado en la política de España a lo largo de la historia?*

R. Esa cuestión requiere diferentes respuestas para una serie completa de periodos históricos. El Papado tuvo una fuerte influencia en la política española durante la Edad Media de dos formas diferentes. Por un lado, Roma fue un gran apoyo para la *Reconquista*⁷³, para hacer retroceder al islam, e intentar en algunas ocasiones intervenir de tal forma que los españoles cooperasen más entre ellos y prestasen más atención a esa obra, porque el apoyo español para la reconquista dependía de las circunstancias, con altibajos. Por otro lado, aunque a la Santa Sede le agradaba la unidad de los reinos hispánicos en este asunto, demasiada unidad le inquietaba porque, para maximizar su influencia sobre España, creía en un cierto enfoque de divide y vencerás. Así, desde finales del siglo XV, los papas prefirieron más bien dividir y mantener las diferencias entre los reinos, por ejemplo apoyando y asegurando a Portugal como reino independiente. La política con respecto a Aragón fue muy similar. Cuando finalmente emergió el Estado español, como una única entidad, como un Estado muy fuerte, entonces la iniciativa se enfocó más en ese Estado, pero lo cierto es que la influencia del papa como actor político en España se redujo considerablemente durante el siglo XVI. El Estado español se hizo con el control de los nombramientos eclesiásticos y muy a menudo el Estado estuvo en una posición de dominar a la Iglesia. A partir del siglo XVIII, la Santa Sede se volvió cada vez más débil y España fue una de esas potencias que tomaron la iniciativa de disolver la orden jesuita, que era considerada demasiado influyente y demasiado política, demasiado elitista y demasiado manipuladora. Esto tuvo, por supuesto, consecuencias más bien devastadoras para Sudamérica, donde los jesuitas estaban involucrados en enormes operaciones misionales en Paraguay durante el reinado de Carlos III. De este modo, el Estado español creció realmente cada vez más fuerte hasta su colapso interno en los inicios del siglo XIX.

⁷³ N. del t.: en español en el original.

El siglo XIX fue un siglo de muchos desafíos para Roma, y España, como ocurría en toda Europa, no apoyó realmente la posición del papa del modo en el que lo había hecho en periodos anteriores. El concordato de 1851 funcionó bastante bien como un *modus vivendi*. El clero español se mantuvo mayoritariamente conservador aunque hubo un grupo pequeño de clero liberal a comienzos del siglo XIX. La política papal hacia España acabó volviéndose más liberal. Cuando llegamos al tiempo de la II República en 1931, parecía como si el Vaticano estuviese ya preparado para aceptar el principio de una Iglesia libre en un Estado libre, en tanto en cuanto los derechos de la Iglesia fuesen completamente reconocidos. Un principio de este tipo era, por cierto, algo bastante estadounidense. Sin embargo, la izquierda española fue, en aquel momento, ferozmente anticlerical y realmente no quiso aceptar este principio. Aprobaron una serie de medidas para restringir las actividades de la Iglesia, para restringir el constitucionalismo liberal, para restringir los derechos de los católicos, aunque todos debían haber tenido el derecho de ir a misa y de no ser acosados por ello. El conflicto Iglesia-Estado fue uno de los grandes problemas de la II República.

Franco dio completamente la vuelta a esa situación. Franco aspiraba a que España fuese el país «más católico» del mundo. Sin embargo, cuando estalló la Guerra Civil, la Iglesia, después de firmar sendos concordatos con la Italia fascista (1929) y con la Alemania nazi (1933), estaba ya bastante desengañada con los regímenes de este tipo, sobre todo con el de Alemania, de modo que el Vaticano fue cauteloso respecto a la idea de establecer otro concordato con una nueva dictadura radical. Hubo tanta violencia durante la Guerra Civil española –mucho más que en otros conflictos– que bien podía haber ocurrido que el régimen de Franco hubiese sido bastante más radical, una dictadura mucho más represiva, independientemente de lo «católico» que proclamase ser. Por todo ello, la Santa Sede quiso ser muy cuidadosa con su política española. Para negociar los problemas eclesiásticos con el régimen de Franco, se limitó a enviar en 1938 a un representante semioficial. Franco, por otro lado, quería el máximo apoyo de la sociedad española, incluida la Iglesia. Hubo un tira y afloja. Los nacionalistas vascos intentaron que la Santa Sede tuviese una actitud aún menos amistosa hacia los sublevados. En último término las posiciones del bando profranquista eran más sólidas, pero lo cierto es que las relaciones entre el Vaticano y Franco no llegaron a armonizarse por completo durante la Guerra Civil.

P. *¿Qué puede decirnos sobre el Vaticano y la influencia nazi en España?*

R. El papa Pío XI fue fuertemente antinazi. Deseaba que Franco ganase la guerra pero le advirtió de que no debía permitir la influencia cultural nazi en España. Esto plantea la siguiente cuestión: ¿cuál era el interés de Hitler en Espa-

ña? No tenía objetivos específicos, ni planes concretos en 1937 o 1938 para una guerra en Europa occidental. Simplemente apoyó militarmente a Franco. Los nazis estaban interesados en el intercambio cultural para expandir la influencia cultural alemana, pero a esto se opuso fuertemente el Vaticano. Hitler dijo durante la Guerra Civil que a Alemania no le preocupaba qué tipo de régimen hubiese en España, una dictadura militar, una monarquía, una república autoritaria de derechas. Para él lo único importante era que España fuese una buena amiga, un aliado responsable y leal de Alemania. Tanto Hitler como Mussolini querían una victoria total en la Guerra Civil. Para Hitler, sin embargo, lo mejor de la Guerra Civil era que distraía a las potencias occidentales del rearme alemán.

P. ¿Cómo se desarrolló la relación entre el Vaticano y España después de la Guerra Civil?

R. En 1941, acordaron un *modus vivendi* en relación a los nombramientos de obispos pero no fue un tratado oficial. Así, durante mucho tiempo el Estado se presentó como el «Estado más católico del mundo», aunque no era así como lo consideraba el Vaticano. ¡No había un concordato oficial! Eso solo fue posible después de la rehabilitación parcial del régimen de Franco después de la Segunda Guerra Mundial. La firma de los pactos de Madrid (1953) convirtieron a España en un aliado secundario de Estados Unidos e hizo medio aceptable de nuevo al régimen español. El concordato de 1953 es un documento importante para la parte final del régimen de Franco. Pero la luna de miel entre la Iglesia y el régimen no duró más que hasta la década siguiente.

En los años sesenta, el catolicismo mismo empezó a entrar en un periodo de cambio, de cambio cultural. Y, durante los sesenta, cada vez más, los líderes de la Iglesia española estuvieron intentando cambiar porque tenían la sensación de que Franco y el régimen no durarían para siempre. Dentro del catolicismo, hubo movimientos hacia la izquierda por parte de algunos laicos católicos y por parte del clero más joven, y un movimiento más hacia el centro político por parte del liderazgo de la Iglesia, que no quería identificarse completamente con el régimen de Franco. Para finales de los sesenta, se dieron cuenta de que tendrían que tratar con cualquiera que fuese el régimen que sucediese al franquismo y que la Iglesia tendría que situarse en una posición que hiciese esto posible. Fue una situación paradójica y Franco se sintió, hacia finales de los sesenta, «completamente traicionado», como dijo en uno de los informes que escribía para sí mismo. Hacia 1972, escribió: «¡Qué puñalada por la espalda!»⁷⁴. Creía que gran parte de

⁷⁴ N. del t.: en español en el original.

la jerarquía eclesiástica le había traicionado, después de todo lo que el régimen había hecho por la Iglesia, apoyando sus privilegios, dando máximas facilidades de todo tipo a la sociedad católica y gastando una gran cantidad de dinero para la reconstrucción de iglesias y de otros edificios eclesiásticos destruidos por la izquierda durante la Guerra Civil.

La Iglesia no estuvo en tan mala posición para la transición democrática posterior en términos de relaciones políticas en general y, aunque el subsiguiente nuevo acuerdo después de la muerte de Franco ya no mantuvo más el vínculo oficial entre la Iglesia y el Estado, hubo en cualquier caso en la constitución de 1978 un reconocimiento del lugar especial que la Iglesia católica tenía, no como Iglesia oficial del Estado, pero sí como una institución especialmente reconocida, en tanto que religión de la gran mayoría de los españoles y que, por lo tanto, debía conservar un cierto estatus especial.

P. *¿Está esto aún en vigor?*

R. Está todavía en vigor. Y permite algún tipo de ventajas financieras y de otro tipo para la Iglesia. A la extrema izquierda en España le gustaría poner fin a esto. Hay varios gestos de vez en cuando. En 2011, la capilla de la Universidad Complutense fue asaltada por estudiantes que no querían un local así en el campus universitario. Ha habido también algunas leyes, como las del aborto o sobre la educación sexual, y se ha hostigado a las escuelas privadas. Pero España es todavía un país católico que envía misioneros al extranjero. Incluso aquí, en la diócesis de Madison, se pueden encontrar hoy misioneros españoles.

P. *Última pregunta. Usted ha escrito sobre las tres paradojas de la historia española. ¿Cómo las definiría?*

R. Primero de todo, la «Reconquista»⁷⁵ no fue un único proceso histórico. Hubo una frontera con el islam dentro de la península durante casi ochocientos años. ¡A esto no se le puede llamar reconquista! Algo que duró ochocientos años no puede ser una única cosa, llamada Reconquista, aunque en cierto sentido sea correcto. Tenemos también la expansión de Roma, que duró siglos. Pero eso fue también un proceso histórico. Así que es realmente un poco ahistórico decir que la Reconquista no existió. La Reconquista fue un proceso largo, lento y discontinuo. Hubo periodos en los que hubo cero reconquista y periodos de gran actividad bélica, hubo periodos de paz y periodos de guerras civiles dentro de los reinos o de luchas entre los reinos cristianos, lo cual no era inusual si lo comparamos con otras partes de Europa. Tiene que ver con la fragmentación de

⁷⁵ N. del t.: en español en el original.

los sistemas de poder desde la conquista islámica. Pero, al final, la reconquista tuvo lugar y fue en buena medida una experiencia histórica única. No fue como la reconquista de Sicilia en el siglo XI o la expulsión de los turcos de los Balcanes en la Edad Moderna, porque lo que había ocurrido en la mayor parte de España no fue la imposición de un imperio islámico sino la islamización de toda la cultura, la creación de una nueva sociedad musulmana, completamente identificada con la religión islámica. No fue como en los Balcanes, donde las comunidades cristianas mantuvieron sus identidades étnicas y religiosas bajo el dominio turco. La reconquista fue también única en cuanto a proceso de recristianización de una cultura completamente islamizada. Incluso Sicilia nunca fue tan completamente islamizada como lo fue Al-Ándalus, aparte de que la reconquista siciliana ocurrió bastante rápidamente, en el curso de una generación. La islamización de España fue una forma realmente única de civilización, que incluso los historiadores españoles tienen dificultades para definir⁷⁶.

España fue una parte típica de la Europa occidental, con todas las instituciones típicas de la Europa medieval, que operó dentro del mismo mundo cultural, pero también con ciertas características culturales específicas. Una fue, por simplificarlo, un fuerte énfasis en el elemento de cruzada, que llevó a la expansión, porque los imperios español y portugués fueron realmente continuaciones de la Reconquista. La cultura creada en la España medieval por la Reconquista, con sus valores inherentes, fue diseminada por el mundo, literalmente por todo el globo. Esto fue realmente un proceso histórico extraordinario, que no terminó realmente para España hasta la segunda mitad del siglo XVIII, con la expansión por la parte más occidental de lo que hoy son los Estados Unidos. O para Portugal con la creación de su imperio en América, África y Asia. La expansión de los imperios coloniales portugués y español fue algo bastante extraordinario.

La última de las grandes paradojas fue que ese tipo de sociedad no dio paso a una sociedad práctica y burguesa. No hubo una reforma radical y religiosa de la sociedad como la que desencadenó el protestantismo. No hubo prácticamente protestantismo en España. El poco que hubo fue suprimido por la Inquisición.

⁷⁶ N. del t.: el argumento que presenta Payne puede considerarse acertado en sus términos generales, así como su énfasis en caracterizar la naturaleza histórica única de la España musulmana y de la reconquista cristiana. No debe olvidarse, sin embargo, que en Al-Ándalus permanecieron importantes poblaciones cristianas, los mozárabes, reproduciendo un patrón histórico similar, en cierto modo, al de los cristianos del Próximo Oriente. En sentido contrario, tampoco debe olvidarse la islamización efectiva de porciones importantes de la población balcánica durante los siglos de dominación otomana.

Así, para el siglo XVII, con el comienzo de la acelerada modernización de la Europa noroccidental, en los Países Bajos y en Inglaterra, España simplemente no estuvo posicionada para este tipo de cambio y de nuevo desarrollo. Fue muy lenta en incorporarse a los nuevos procesos de modernización. Esto se convirtió en un problema que ya era evidente para mediados del siglo XVII, y siguió siendo un problema durante los siguientes trescientos años. La falta de modernización y el atraso atravesaron diferentes fases y suscitaron diversas respuestas por parte de la sociedad y de los gobiernos españoles, durante los siglos XVIII, XIX y gran parte del XX. Fue un cambio histórico dramático, que se puede comparar con el drama de la modernización en Rusia. Pero la diferencia fue que España, pese a todas sus peculiaridades, era sin embargo parte de la Europa occidental. En última instancia, a finales del siglo XX, había completado un modelo de modernización bastante similar al del resto de Europa occidental, gran parte del cual paradójicamente fue realizado por Franco, el gran tradicionalista español. Pero fue un proceso largo, con mucho conflicto durante los siglos XIX y XX y muchos altibajos.

En cuanto al problema de la España romántica o de la España de la «Leyenda Negra», o de la imagen de España en la sociedad y la cultura occidentales... ¿Qué es España? Algo bastante horrible, de acuerdo con la Leyenda Negra. Más adelante, en el siglo XIX, para el mito romántico de España: algo no tan horrible sino más bien pintoresco, la atractiva idea de España como algo exótico. «España es diferente», la idea moderna con un giro positivo fue desarrollada por los románticos en la primera mitad del siglo XIX y más tarde fue adoptado como eslogan turístico durante el franquismo. Esa idea de la diferencia española tiene una larga historia detrás, es la idea de la gran contradicción española, la de un pueblo que era visto como occidental y oriental al mismo tiempo. Los españoles eran diferentes, seguían siendo en parte «moros», signifique lo que signifique esto. Eran vistos como un tipo diferente de gente, aunque estuviesen completamente dentro de la Europa occidental, justo al lado de Francia. Esto llevó a muchos a una percepción errónea acerca de cómo era España realmente. Ahora bien, esos mitos no fueron desarrollados únicamente por otros europeos occidentales sino también por los mismos españoles. Hay, desde el siglo XVII, toda una industria en España dedicada a la crítica y al menosprecio de España. Esta especie de autodenigración española fue una forma de interiorización de la Leyenda Negra.

Otro gran mito sobre los españoles es el que los presenta como extremadamente individualistas, con una marcada tendencia a la anarquía. Esta es una idea completamente errónea. Hay una tendencia hacia el localismo y hacia la fragmentación y a los conflictos intestinos dentro de grupos cada vez más pequeños, pero esto no es individualismo, sino faccionalismo o personalismo.

P. Campanilismo en Italia.

R. ¡Exacto, el *campanilismo*, el localismo! Hay una especie de suspicacia hacia los de fuera. Hubo un localismo que no aceptaba el individualismo y la cooperación entre individuos autónomos. La sociedad española fue casi lo contrario de la sociedad individualista de Occidente. James Henrich, un antropólogo histórico estadounidense, que no tiene nada que ver con los estudios hispánicos, ha escrito un libro interesantísimo, que lleva por título *La gente más rara del mundo*, en el que estudia cómo la gente en Occidente se hizo más individualista, más legalista y reformista, mejor educada y más rica que la gente de otras civilizaciones⁷⁷. Dice que uno de los factores principales no fue tanto el mero racionalismo y pragmatismo de la cultura occidental –lo que Spengler llamaría el «hombre fáustico»–, con su asertividad y su orientación al logro, sino más bien el hecho de que se creó una estructura más individualista cuando la Iglesia medieval intentó con todas sus fuerzas eliminar la «endogamia marital». Lo que intenta averiguar Henrich fue por qué la Iglesia estuvo tan interesada en eso, porque otras ramas de las iglesias cristianas no lo vieron como imperativo, solo la Iglesia occidental. Sin embargo, lo hizo y creó una familia nuclear, más aislada, que era mucho más individualista. Ese tipo de sociedad, al ser más individualista y estar algo más atomizada, también empezó a reconocer que tenía que cooperar en el marco de estructuras institucionales más desarrolladas, a las que más adelante se añadirían mecanismos de representatividad política que permitiesen prosperar en paz. Si este argumento es correcto, una vez que descienes a las dos penínsulas mediterráneas, a España e Italia, te encuentras con que la política «antiendogámica» nunca fue completamente aplicada. De este modo, tienes una especie de endogamia parcial, que continúa en partes de España y particularmente en el sur de Italia, que no se da en la mayor parte de Europa occidental o en el norte de Italia. Se puede ver lo muy familiares que son los españoles y los italianos, cómo las familias se desarrollan en grupo, un poco a la manera de los clanes, «súper familias», no simplemente fami-

⁷⁷ Joseph HENRICH, *The WEIRDest People in the World: How the West Became Psychologically Peculiar and Particularly Prosperous*, Farrar, Straus and Giroux, New York, 2020 (N. del t.: el libro no se ha traducido aún al español, la traducción del título que aparece en el texto es mía. Ciertamente será una tarea no fácil para la editorial traducir –si es que lo hacen; yo no lo he hecho– el juego de palabras del autor al inventarse el acrónimo WEIRD, que se corresponde con la palabra *weird*, que se traduce como raro, pero en registro más o menos informal, con sentido peyorativo y con una connotación más bien de persona, cosa o situación peculiar, extravagante. En español, más que de *raro*, hablaríamos más bien de *rarito*. Pues bien, el acrónimo retórico-humorístico acuñado por Henrich significa: *Wealthy, Educated, Independent, Rich y Developed* [Próspero, Educado, Independiente, Rico y Desarrollado]).

lias nucleares. Esto explicaría por qué la sociedad en el sur de Italia y en España no es verdaderamente individualista.

La primera vez que fui a España fue algo así como una aventura personal, cuando todavía existía el mito de que los españoles eran como una especie muy singular de gente. No eran «tan normales», tan «prácticos», como la «gente normal». Una noche, en 1958, cuando estaba volviendo a casa en el centro de Madrid después de un paseo bastante largo, pensé: sí, parecen una gente bastante normal, no son particularmente apasionados o románticos, o no pragmáticos o extremadamente fanáticos religiosos. Sí, tenían, como toda nación, ciertas características, pero eran fundamentalmente «gente normal».

P. *Yo hice observaciones similares cuando estudiaba en Italia en los ochenta. Encontré la tendencia de hacer todo en grupos un poco extraña.*

R. Muy parecido a lo que sucedía en España. Los principales conflictos no son entre individuos anárquicos sino entre subgrupos. Sin embargo, España es hoy mucho más individualista que antes aunque todavía mantenga algunos rasgos de la sociedad española tradicional.

CRÓNICAS